

# La Ilustración Artística

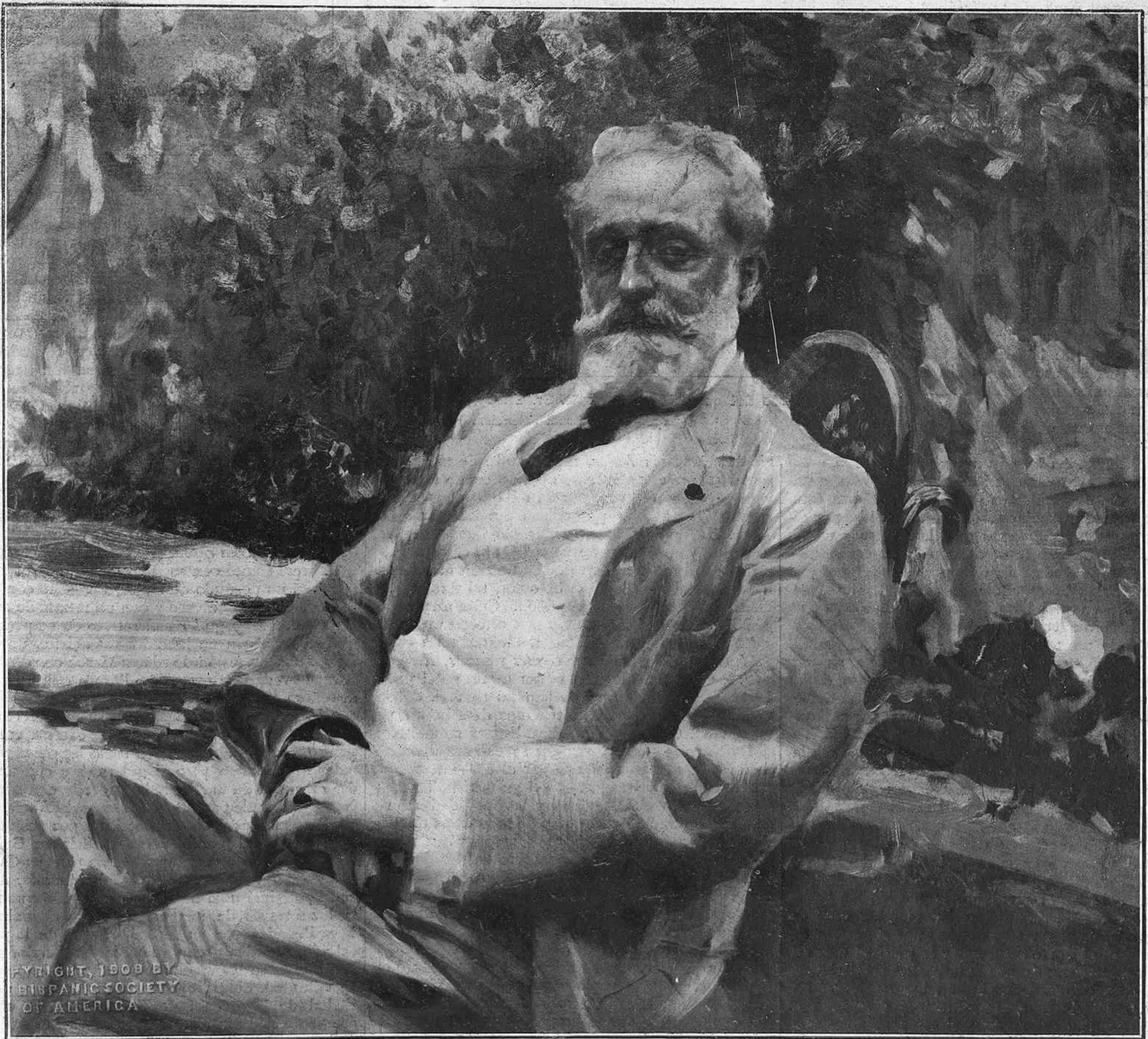
AÑO XXVIII

← BARCELONA 5 DE JULIO DE 1909 →

NÚM. 1.436

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ARTE ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO



DON RAIMUNDO DE MADRAZO,  
notable retrato pintado por Joaquín Sorolla



## SUMARIO

**Texto.**—*La Exposición Regional valenciana. Las Bellas Artes*, por B. Morales San Martín. — *Ellas*, por Rafael Vehils. — *La recolección de plátanos en la isla de Tenerife.* — París. *La carrera del Gran Premio en el hipódromo de Longchamp.* — *En la Granja. Bautizo de la infanta Beatriz.* — Barcelona. *Fiesta en la fábrica de la Hispano-Suiza.* — *Fiesta en el Palacio de la Música Catalana.* — *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — *Lo que cobran los grandes artistas*, por J. Brindejont-Offenbach. — París. *El premio de los «Dragos» en el hipódromo de Auteuil.*

**Grabados.**— *D. Raimundo de Maizaso*, retrato pintado por Joaquín Sorolla. — *Busto del guitarrista Sr. Tárrega*, obra de Navarro. — Dibujo de C. Vázquez que ilustra el artículo *Ellas*. — *Retrato de la Sra. X*, pintado por Juan Lavery. — *La recolección de plátanos en la isla de Tenerife.* — París. *La carrera del Gran Premio.* — *La Granja. Bautizo de la infanta Beatriz.* — *Exposición Regional valenciana. Sección de Bellas Artes.* — Barcelona. *Fiesta en la Hispano-Suiza.* — *D. Matías Barrio y Mier.* — *Entrega del premio al Palacio de la Música Catalana.* — Ilustraciones del artículo *Lo que cobran los grandes artistas.* — París. *El premio de los «Dragos» en el hipódromo de Auteuil.*

## LA EXPOSICIÓN REGIONAL

## VALENCIANA

## LAS BELLAS ARTES

Las dos manifestaciones más sublimes de las Artes bellas, la Pintura y la Escultura, tienen distinta manifestación en nuestro concurso regional y afirman, aunque de muy desigual modo, la tradición del genio artista de nuestra raza levantina.

No me refiero a los maestros. Los consagrados por la fama y por el mercado han concurrido con las obras que han tenido por conveniente para mantener su fama a la altura consabida, importándoles un ardid, seguramente, acrecentarla con obras de empeño. Hablo de los jóvenes, de los que sueñan con la gloria... y en conquistar el mercado con igual derecho que los maestros. Y de la «gente nueva» hay algo que decir, pero con honrada sinceridad. Si alguien tiene derecho a la verdad es el artista que comienza y labora soñando en el ideal; pero... a toda la verdad, aunque ésta haga venir al suelo un poco del polvo sutil de sus alas de soñador...

Y la verdad honrada que siente el cronista es esta: de la hermosa pléyade de artistas que en esta Exposición hace sus primeras armas, los jóvenes escultores son quienes están mejor orientados y aparecen caminando con más seguro y decidido paso.

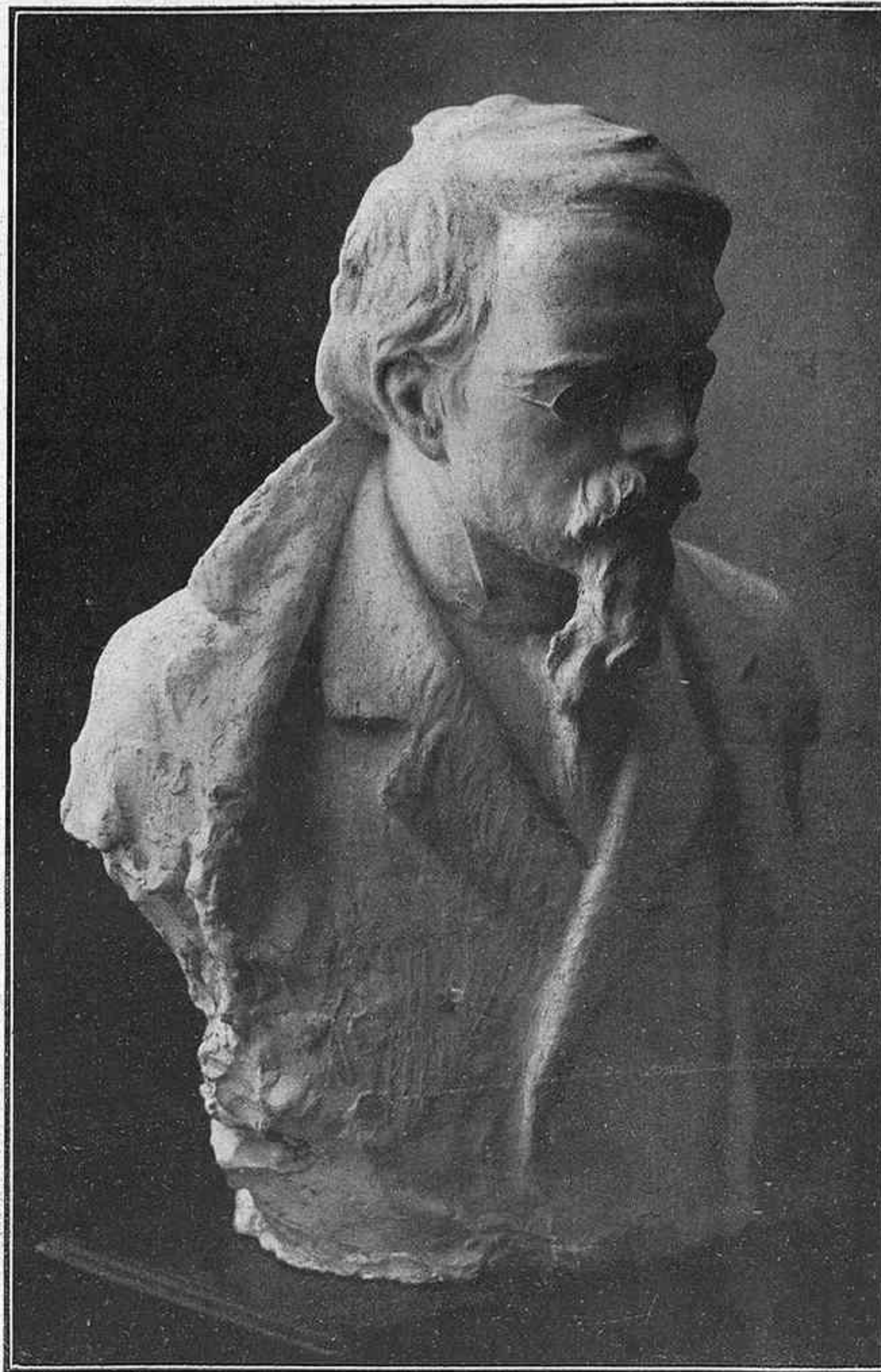
Se observan en los jóvenes pintores, salvo, claro está, alguna excepción, indecisiones marcadas, como si en distintos momentos de su vida artística estuviesen influidos, mejor diría sugestionados, por diversos maestros y diversas escuelas. Y estas vacilaciones del artista, este mariposeo de su espíritu, es lo que más perjudica a su propia personalidad y la desvanece y la borra, anulando al novel pintor, malográndole en mal hora. Si la obra de arte, como afirmaba el inmortal maestro, es «la naturaleza vista a través de un temperamento», sólo en el natural elegido como modelo debe pensar el artista, sin preocuparse de las exageraciones de tal maestro, de las crudezas de este otro ó de los afeminamientos del de más allá. Pinte como sienta el pintor; y por mal que lo haga lo hará mejor que imitando a X ó a Z. Tal vez Z ó X sean causa consciente de que esté anulada casi la personalidad de nuestros noveles pintores a quienes han querido deslumbrar con los espejuelos de una «escuela original», que en realidad no es sino «un temperamento.»

En cambio nuestros novísimos escultores, niños aún casi, forman ya una pléyade esplendorosa que dará días de gloria a la patria y nos da actualmente la nota original y atrevida de la sección de Bellas Artes de nuestra Exposición. En ninguna obra de ellos se trasluce «la admiración» por determinado maestro, ni el amaneramiento y la frialdad que comunica a las obras de arte la imitación servil. Nuestros jóvenes escultores no imitan a nadie. Ven a natura a través de su temperamento y consiguen el triunfo sencillamente: mostrando su propia personalidad, que en realidad es bastante, si no lo es todo. Tan sólo dos enemigos pueden malograr condiciones tan excepcionales: la vanidad ó la pereza. Ellos son poderosos, pero no invencibles...

Comencemos, pues, por nuestros escultores.

Del malogrado Viciano, el pensionado por Castellón que falleció el primer año de su pensión en Ro-

ma, está su retrato de *Séneca*, estatua sedente, joya de primer orden de verdadero estilo clásico, tanto que diríase extraída de unas excavaciones del Foro Romano. Ella sola es reveladora de lo alto que hubiera volado el infortunado y joven artista. De Paredes — y no cito por orden de mérito según mi criterio, sino como dicta mi carnet — son notables una *Mujer llorando sobre un sarcófago* y otros grupos escultóricos de tamaño natural, *Jornada* y *Llegó tarde*. Basta para acreditar como escultor de nervio y ori-



Busto del notable guitarrista Sr. Tárrega, obra de Navarro (Exposición Regional Valenciana.)

ginal a Causarás *Dolor*, un desnudo de mujer que echada sobre el cadáver de un niño oculta su rostro y en cuyo torso se ven, por un milagro de intuición artística, las huellas producidas por las garras del dolor. *El beso*, del mismo autor, son dos bustos que se besan; y en asunto tan sencillo el artista ha sorprendido el momento en que en tensión los músculos de los labios, estalla el beso con tal verdad, que diríase que se oye el chasquido... ¿Cabe mayor elogio? Rafael y Roberto Rubio nos ofrecen varias esculturas de brío y verdad sorprendentes, tales como *El barrenado*, del primero, y *Genios y musas*, *Resignación*, los monumentos del pintor López y del poeta Llorente y otros grupos de tamaño natural, del segundo. De Roberto Rubio tenemos derecho a esperar mucho. Quien así comienza, llegará muy alto.

De Navarro — otro joven «que viene empujando» según la frase consagrada ya por el uso — descuella, entre sus bustos retratos, el del guitarrista Tárrega, ejecutado con el desenfado y la habilidad de un maestro. Calandín expone uno de sus envíos de pensionado, grupo formado por una mujer y dos niños. Sería admirable si fuese más sobrio en detalles. Bañuls ha ejecutado una estatua, *Ingratitud*, y una mujer desnuda amamantando a un niño, promesa de mayores y más altas empresas. También Bargués, con su *Tirador de barra*, Alemany y Coret y otros nos dan gallardas muestras de su ingenio.

Emilio Benlliure, el primer escultor de género en España, según sus propios compañeros, envía un relieve, suave y delicado retrato de un caballero, y varios asuntos fundidos en bronce de gracia inimitable y factura original, propia. Su hermano Gerardo Benlliure, otro artista que comienza revelándose en la plenitud de su talento, expone relieves en bronce, del gusto y estilo *quinientista*, cuyas escenas religiosas tienen toda la unción mística del Beato Angélico. También tienen sabor clásico sus ánforas con relieves y sus trípticos en bronce. Un busto de una

niña sobre una mariposa está ejecutado con tan delicadísima gracia, que hasta hay quien ha llegado a creer que es obra de su hermano Emilio. Este es su mejor elogio. De Gilabert hay muy estimables relieves también.

De las obras que ha enviado Mariano Benlliure no podemos hablar, porque no se ha inaugurado aún la sala destinada a este artista.

Sobresalen en pintura una *Máscara* de Sala; *La lección de memoria* de Pinazo, uno de esos espontáneos prodigios del viejo maestro; *Las dos amigas*, *Desnudo* y un autorretrato de Agra-sot; *Paisaje* de Salvá, de una tranquilidad sugestiva; *Paisaje granadino* de Muñoz Degrain; *Su Eminencia* y *Lección de catecismo* (1) de Pepe Benlliure; *Estudio de una niña* de su hermano Juan Antonio, y *¡A las armas!* de Juan Peyró.

Del genial Domingo admiramos *El último día de Sagunto*, un maravilloso retrato de su madre y un autorretrato, modelo de sobriedad y justeza.

Joaquín Sorolla ha enviado una numerosa colección de cuadros, compuesta de retratos, acuarelas y estudios. De entre los primeros merecen especial elogio el retrato de un caballero, los de los suegros del pintor y el de una niña escribiendo.

En la sala de la Diputación figuran los envíos de sus pensionados Pinazo, Ferrándiz, Sorolla, Garnelo y Navas.

Juan José Zapater tiene obras muy sólidas — unas é inspiradas otras, pero todas reveladoras de la experta mano del autor de *Las madres*. De factura velazqueña son *El hombre de la capa*, que atrae la atención de los inteligentes y de los profanos, la figura de un hombre maduro a quien distraen del estudio dos juveniles beldades, y de una delicadeza exquisita *Mater Dolorosa* y *Rosas de te*. Un desnudo de niño es también notabilísimo.

Cecilio Pla presenta *Amor llorando*, unas niñas jugando con unas manzanas, un retrato de una dama y un paisaje nocturno con un bello efecto de luz crepuscular. Decir que todas son hermosas es repetir lo que todos los *amateurs* sienten. Abril nos ofrece varias marinas; Cebrián un buen retrato del paisajista Vilar; Genovés unos bodegones; Pedro Ferrer un retrato de su padre; Climent un clásico desnudo a la sanguina; Teodoro Andreu unos retratos. Del malogrado Juste hay unas marinas y unas flores; de Constantino Gómez *La traca*, una escena en pleno sol y unas acuarelas pintadas con su depurado arte de

maestro en este difícil género; de Fillol *Almas vírgenes*, una *Venus*, *La gloria del pueblo* y unos retratos; los tres primeros son obras de arte exquisito y sobre manera simpáticas; de Soriano Fortunas escenas de hospital téticas, pero muy bien pintadas, y de Benavent *Una capea*.

Cabrera Cantó con su *Mors in vita*; Beut con un retrato y un desnudo de mujer; Benedito con su celebrado cuadro dantesco y con un retrato de señora; Borrás con *El jugador* y el retrato de su padre; Serrano Bossio con un labrador valenciano, unos paisajes y una procesión de niños; March con dos acuarelas; Poveda con otras dos; Bañuls con un retrato de señora, y R. Domingo, el hijo del celebrado pintor, con *Unas capeas*, sostienen todos su fama reconocida.

Verde, uno de los jóvenes que camina con más seguro paso, lo demuestra en todas las obras presentadas al concurso, pero singularmente con un estudio magistral de una labradora tocada con mantilla. Navas sobresale por sus *Campesinas del Norte*; Otero por dos marinas y *Un jardín*; Stolz por sus paisajes de una verdad y solidez personalísimas; Gullón y Llácer también con sus cuadros de paisaje; Cañellas con un retrato; Blesa con su *Mujer desnuda*; Almela con la original nota de un niño desnudo que recibe la luz a través de una cortina roja; el malogrado Díez Penades con su idílico cuadro de la pastora echada, y Arévalo con su tapiz *La Verdad*, todos han puesto su inspiración y su talento al servicio de su voluntad, contribuyendo al esplendor y rica variedad de la sección de Bellas Artes. El cronista siente no poder dedicar mayor espacio a cada uno de los artistas citados en su crónica, y sentirá mucho más haber incurrido en la omisión involuntaria de las obras y de los nombres de otros artistas.

B. MORALES SAN MARTÍN.

Valencia, 23 de junio de 1909.

(1) Reproducidos en el número último.



ELLAS (GLOSA DE UN LIENZO DEL MAESTRO CARLOS VÁZQUEZ), por Rafael Vehils



- Es de Miguel, Maruja. ¡Cumple su promesa!

Finía estío apenas, y ya el letárgico adormecimiento invernal comenzaba á insinuarse, con su pristino síntoma de quietud, sobre la blanca aldea costanera madurada de sol.

Cesado el trajín del veraneo, un vacío singular—hecho de añoranzas y soledades frías—adueñaba el lugar en todos sus ámbitos.

Erguían las casas abandonadas por los hijos de ciudad la hosquedad de sus paredes, y con sus ventanas, herméticas y mudas, fingíanse como traspuertas.

Pero caldeaba aún á la Tierra el padre Sol, y una segunda primavera parecía iniciada con septiembre, á despecho del amarillear de algunos árboles.

Muchos aún, remotos á rendirse á la fría caricia del otoño, ornábanse con nuevas lozanías, estallando su plétora en brotes y capullos.

Imperaba la vida fecunda, procerosa.

Cúpula del pueblo, dominando su horizonte marino, sus casas pesqueras y sus villas señoras, bañándose en aires salobres y en lluvias doradas de sol y en haces de plata de luna, la casona de los Irazabal—«nidal de nubes,» como alguien dijera—perfilaba su esbeltez en el azul del cielo, translúcido, moteado á lo lejos por jirones y gasas albos como vellón de año.

Hacia ella, siguiendo las espiras del camino carretero, tardamente avanzaba la diligencia lugareña, esparciendo á su paso en oleadas de polvo chirridos de herrajes, canturias de mayoral y chasquidos de tralla.

\* \*

Sonaban en el aire quieto del aposento las notas opacas del repiquetear de los bolillos danzando alegremente entre los dedos de la joven, y la estrella de encaje iba surgiendo al conjuro de su cantata.

Tamizaban las persianas la luz solar en suave matiz verdegay, y el penetrante aroma de un ramo colosal de rosas de Niza imprimía á la sala un sabor

beato de juventud y sosiego con las paredes estucadas de azul y el mobiliario blanco y sencillo de líneas.

Trenzaban los dedos con destreza los hilos del encaje, y con ellos, siguiendo su trenzado, los grandes ojos negros de la muchacha, á medias velados por los párpados de pestañas sombreadoras, iban forjando gráciles historias románticas con los finos hilillos de sus recuerdos.

Soñaba, y á juzgar por el gesto de la cara, el mohín riante de los labios entreabiertos luciendo entre la rojez de su sangre joven el brillo nacarino de los dientes, el sueño era feliz.

Si, lo era.

Mecida por el canto que emitían los bolillos, recordaba análogos instantes en que alguien, un alguien apuesto y garrido, con bigote sobre el labio y acariciante voz canora en su virilidad, la contemplaba con avidez y adoración rendida.

Parecía oír aún su habla la última vez que estuvieron juntos. Salían las palabras de su boca burlesca, pero eran los ojos, brillantes de codicia, los que hablaban.

«Así tejéis, vosotras las mujeres, vuestras redes—la decía.—Con hebras sutiles que atrayendo nos ligan. ¡Es tan bello el encanto de la fragilidad!.. Después, cuando olfateado el peligro del ligamen, del aliar las almas para siempre, queremos evitarlo, es ya tardía la videncia nuestra. Quedamos presos. Y es inútil implorar vuestra gracia, mendigos de amor. A nuestras súplicas responden siempre las hilas blancas de risas musicales que enloquecen al trenzarse y afianzan el yugo. Luego vienen los alfilerazos de las almas piadosas que como mariposas nunca dejan de acudir á la luz de un cariño; alfilerazos sutiles, que apenas rozan, que en ocasiones gustan por la dulzura del deterger las heridas de amor, de hacer las paces, pero que dañan. Con ellos, sin querer, se rompe á veces la maraña bordada. Huye la temida sujeción. Retorna á nosotros la libertad tan deseada, ¡tan fría

y desoladora en realidad!.. ¿De quién la culpa, niña?

Y advenía la alegre discusión, la defensa decorosa del sexo.

Tibia defensa de amantes que gozan rindiendo el pabellón al enemigo.

\* \*

Clamar confuso de voces, repiqueteos de cascabeles y el tañido grave de la campana de la verja se entraron por la fenestra, deshaciendo el hechizo que bordaran con su canto los bolillos y saturara de amor el olor á rosas que embalsamaba el aire.

Llegóse la muchacha á la abertura para inquirir la causa, y doblándose por el antepecho, separó con la diestra la persiana, oteando el exterior.

Por los fastigios redondos, triunfalmente verdes de las acacias, subían baratadas las voces de «sus viejos»—los padres—y una parla con dejo extranjero, clara, riante.

Por un instante quedó perpleja. Pero reconociendo de pronto en ella, á través del matiz afrancesado del acento, la voz amiga de la primera infancia, brotó de los labios el llamamiento de afecto en grito de sorpresa, y sin atender al homólogo de la recién llegada, lanzóse á su encuentro desbordante de alborozo.

En el jardín, al frescor de la sombra de las acacias, se abrazaron, y allí mismo, aún unidas, ante la satisfacción cariñosa de los viejos, se miraron á un tiempo, pensando en alta voz, una de otra, igual laudanza amable.

—¡Pero qué guapa estás!

Y atropellándose, comenzaron á indagar, á querer explicar todo juntamente y cada cosa con largueza; los móviles del viaje, los deseos de verse, la alegría sentida y la vida *vivida* desde la remota separación. Por lo que fué fortuna que el comedimiento de los años acudiese á tiempo, y el desbordamiento de palabras y el arrecil de ideas y el calor de afectos, pug-



nando por salir y manifestarse, hubieron de ser, por fuerza, domeñados.

—Bueno, bueno. Todo eso y más aún podrán contárselo arriba en espera del almuerzo. Tiempo sobrado tienen, propuso el padre con bondad.

—Déjala sosegar unos minutos, mujer. Que el ajeteo de la diligencia por esos caminos es de sobra fatigoso, terminó la madre en la emersión cordial de su risa por los estuosos impulsos juveniles.

\* \*

Solas las muchachas en el «cuarto azul» de Carmen, conversaban.

—Fué una inspiración, decía la recién llegada. Mis amigos fuera, me aburría en París. Recibí tu carta hablándome de tu soledad tranquila y soñadora. Me cautivó la perspectiva, y ya lo has visto, vine.

—Entonces habrá que bendecir el abandono de Miguel, pues de lo contrario no te hubiéramos visto en mucho tiempo.

—¡Claro! ¿Me crees tú capaz de sobrellevar la pesadumbre abrumadora de un idilio? Ya lo sabes: no me place ver las tonterías que cometen mis iguales cuando dicen estar enamoradas.

—Conste que advierto el tiro.

—Por fuerza; no lo oculto. Creo que no haces bien, Carmen, en dar á ese señor Miguel lo que él no te ha de retornar.

—¡Pero si él me quiere, Maruja! Si me quiere, no lo dudes.

—Pues entonces, ¿por qué se marchó?

—Porque debía. Si es cónsul de España en Niza, no puede estar siempre aquí.

—¡Claro! Y el pobre hombre ha ido á escoger un lugar de holgorio para distraer las tristezas de la lejanía.

—No escogió, mujer: lo destinaron.

—¡Zarandajas!

Y cambiando de tono, mirando en los ojos á su amiga, dijo:

—Mira, Carmencita, hablemos formalmente. Tengo tu misma edad, cierto. Pero mi vida ha sido más fecunda que la tuya en impresiones de esas que, aun leves y fugaces, aleccionan. Mi matrimonio con Forestier, ya lo sabes, duró poco: un año. Pero fué suficiente la prueba á trocar el alma de niña en alma de mujer, vidente, despierta, co nocedora del mundo. Me casé por...

—Por amor. Ahí están tus cartas que lo denuncian.

—No lo niego. ¡Por amor! Pero viuda ya y libre, he visto claro. Lo más hermoso de la vida es la libertad, Carmen, y la libertad decrece en nosotras con el amor. Nuestra adhesión, nuestro cariño por ellos, sólo consiguen fortificar el yugo; nada más. Sí, hija, sí. Ya me imaginó lo que quieres decirme. Hay matrimonios por amor y los habrá como los hubo; pero cada día menos. Y es que la mujer ha llegado por fin á razonar, y ansiando libertad, ve por fin claro que sólo podrá obtenerla no dando al «Señor» si no lo que éste le conceda en cambio.

\* \*

No había sol.

Todo era gris, cenizo, de pesadumbre.

Lejos veíase el mar, cárdeno, con espumas bravías. Sopló el aire y arrancó á los árboles las primeras hojas. Rascando el suelo voltearon en pequeños torbellinos. Luego se aquietaron.

No obstante, paliaban la tristeza ambiente—tristeza de desilusiones;—el verdor amarillento, ligero, de los rosales; las corolas pálidas; el matiz obscuro, fuerte, de las hiedras, abrazando la baranda hasta el pretil en su ansia avariciosa de cubrirla.

Tomaron el te en silencio.

Contemplando la viuda las figuras de actualidad y relieve en las páginas de «Fémina.» Meditando la doncella.

Con la azulada muselina del traje, la gasa sedeña del chal que le cubría la cabeza, la ondulación del cuerpo que asentaba en el espacioso sillón de mim-

bres, evocaba la enamorada ola de espuma y juventud de la que emergía la cabeza española, apasionada.

A su vera, la figura de su amiga vistiendo el guardapolvo, con el inmenso sombrero florido y la desenvoltura del ademán, contrastaba por su exotismo.

Temblaban con el viento los ricillos leonados de

Talión; la vieja ley del Talión; segura, enemiga de impositivismos. Y aun así, ¡cuántas veces resultamos á la postre tristes desencantadas por otorgar benignidad y afecto en demasía!

Así resbalaban persiguiéndose las palabras arteras en tanto la interpelada, lastimada el alma en el culto sincero, ardiente, por el escogido, parecía atender al final de la lucha trabada en lo más íntimo de su ser, de su feminidad.

Mientras, avizoraba la superficie agitada del mar, donde una barca pesquera luchaba con el viento y las olas, palpitante á sus golpes la remendada vela. Como ella, pretendía el alma herida volar á la perdida paz de amor—inmaculada paz de calma idealica, al rendimiento absoluto, á la fe en su Miguel,—engañosa tal vez, ¡pero tan suave!

—Han traído esta carta para la señorita.

Y al choque con la voz aceda del hortelano, quedaron rotas y maltrechas las meditaciones y evaporada la pena que causaban.

—Es de Miguel, Maruja. ¡Cumple su promesa!

Sonrió la amiga con seguridad. Creía suyo el triunfo.

«Lo prometido es deuda—comenzaba diciendo el amador.—Van transcurridos sin verte cuatro días. Los primeros, hasta ayer, conforme te prevení, hube de dedicarlos por entero al cargo. Hoy es distinto. Mi niña recobra lo que es suyo: mi querer y con él mi pensar, mi recordar. Me abstraigo, pues, en ti y me parece verte, tenerte á mi lado, conmigo, y al escribir, lo que hago en realidad es hablar contigo.

»¡Oh divina ventura de amar! Poder abandonarse al sueño profundo, intenso—que tanto dice aún sin expresarse en nada—de unos ojos: los tuyos. Los veo porque están en mí. Son grandes y húmedos, siempre húmedos—como tu alma jugosa en bondades y bellezas.

»Recuerdo la emoción sentida tantas y tantas veces en tu casa de sol y nubes, en el bello casal frontero al mar que el buen Dios hubo de depararte á ti precisamente y á nadie más que á ti, porque al verlo, en mi ausencia, pudieses soñar y pensar en mi cariño—grande y hondo, con mil cambiantes, como él.—¿No aciertas á entrever en las incoherencias que me dicta el afecto el vaivén de las ondas? Sólo falta para completar la semejanza su corona de espuma y el rumoroso estallar de las burbujas menudas: los besos...

»Recuerdo—digo—la emoción sentida tantas veces en tu bello casal de sol y nubes frontero al mar. Un día, sobre todos, sobresale en la urdimbre de dulces remembranzas suscitadas allí, descollando con agudeza y relieve vigorosos, como las agujas roqueras de los campanarios descuellan en triunfo de la masa de la ciudad.

»Era el día último de mi placible estancia junto á ti. Hilabas encaje cuando entré en tu claro templo azul de maravilla. Cantaban los bolillos armonías que á mí me parecieron suprahumanas y era tal su encanto, que á pesar mío sentíme fetichista.

»Ya á tu lado, me detuve. No veía de ti más que el dombo brillante y negro de tu pelo. Sin duda presintiendo aquietaste las manos, y como el viento que cae dejando en el aire algo suspenso, cesaron la armonía y el hechizo.

»Llamé quedo. Respondieronme. Y hallé frente á mí unos ojos que irradiaban dulzuras y unos labios cinabrios que llameaban.

»¡Ah niña, la mi niña! ¡Qué agradable es el yugo tirano que eslabona besos, nos aturde á bondades y nos deslumbra á bellezas! Mejor es él mil veces que nuestra libertad tan decantada...»

No leyó más la enamorada.

El mar, con la barca pesquera que henchida la vela latina por la brisa del vespertino seguía su camino triunfadora, glosaba su pensar.



Retrato de la señora X, pintado por Juan Lavery

las sienes, y su reflejo, duro, imprimía á la cara un sabor de rebeldía. Sus ojos zarcos tenían algo que trascendía á burla. Tranquilos en su azul, dejaban inquietudes al mirar.

—¡Oh, el matrimonio!, acertó por fin á expresar la enamorada.

Por un instante, sus dudas, meditaciones y temores, corrientes como agua tempestuosa desde el alerta dado por la amiga, cristalizaron en la vaga exclamación. Luego siguieron su curso. La maraña del amor bordado en su alma rosa se corría.

Pero róto el silencio é interesada la sugestionadora por lo que en lógica supuso debían ocultar tales palabras, osó de nuevo proponer la tentación iconoclasta, demoledora de ensueños y bellas imágenes.

—Es como todo lo futuro: difícil de prever en sus resultas. «¿Qué habrá de traernos?» nos preguntamos todas cuando la hora llega. ¿Felicidad ó desdichas? Es inútil arañar el porvenir. Desdeña vuestras súplicas y nuestros llamamientos. Por eso fuera lo cura, cuando adunamos todas las ilusiones en una, no responder á la razón y dejarnos llevar de mentidas creencias de rosa. Créeme, Carmen: la ley del

estancia junto á ti. Hilabas encaje cuando entré en tu claro templo azul de maravilla. Cantaban los bolillos armonías que á mí me parecieron suprahumanas y era tal su encanto, que á pesar mío sentíme fetichista.

»Ya á tu lado, me detuve. No veía de ti más que el dombo brillante y negro de tu pelo. Sin duda presintiendo aquietaste las manos, y como el viento que cae dejando en el aire algo suspenso, cesaron la armonía y el hechizo.

»Llamé quedo. Respondieronme. Y hallé frente á mí unos ojos que irradiaban dulzuras y unos labios cinabrios que llameaban.

»¡Ah niña, la mi niña! ¡Qué agradable es el yugo tirano que eslabona besos, nos aturde á bondades y nos deslumbra á bellezas! Mejor es él mil veces que nuestra libertad tan decantada...»

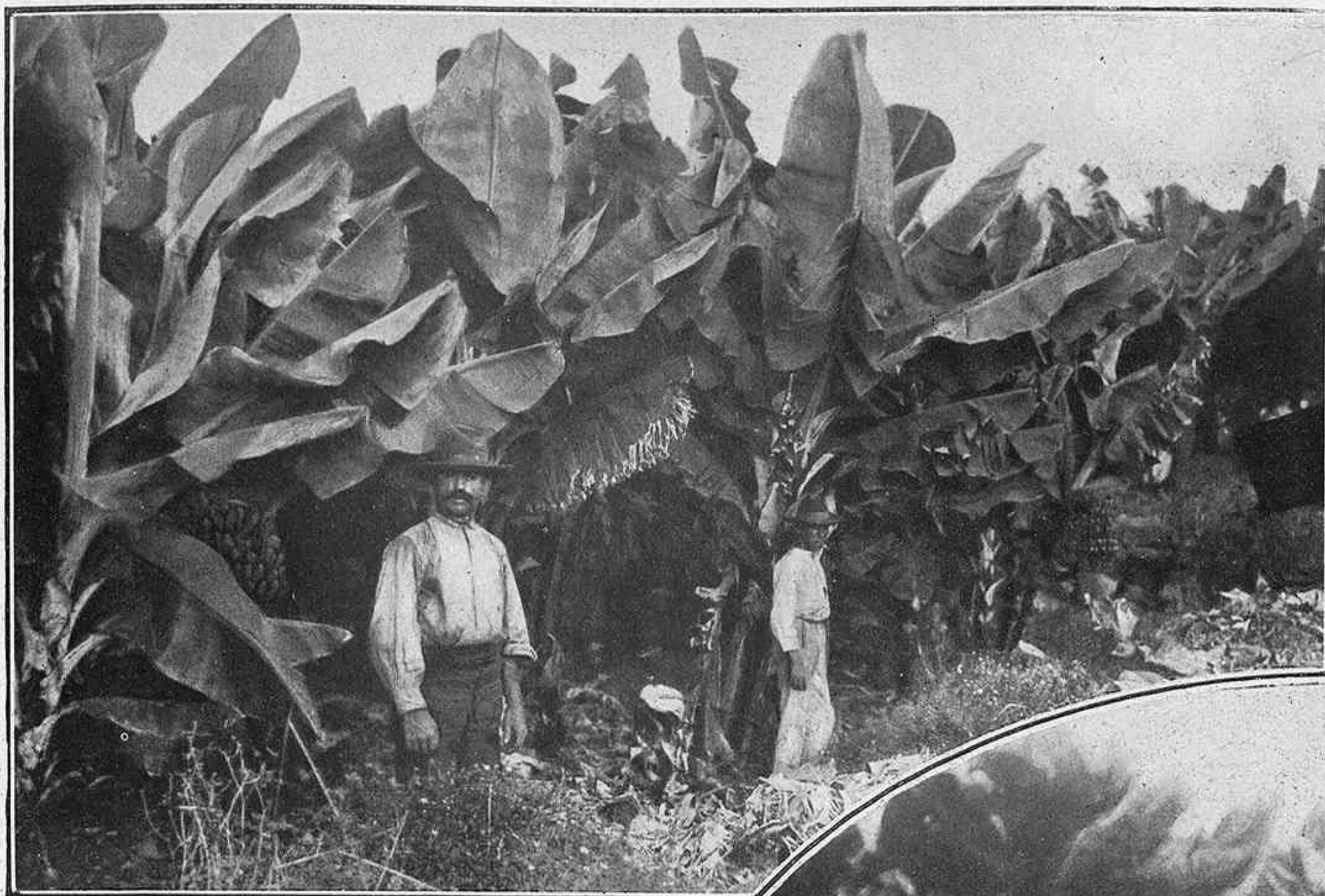
No leyó más la enamorada.

El mar, con la barca pesquera que henchida la vela latina por la brisa del vespertino seguía su camino triunfadora, glosaba su pensar.



LA RECOLECCIÓN DE PLÁTANOS EN LA ISLA DE TENERIFE

Si el cocotero disfruta, desde hace mucho tiempo, de una reputación tan grande como exagerada, según escribe M. Virgilio Brandicourt, miembro de la Sociedad Linneana del Norte de Francia, en un artículo recientemente publicado en el periódico francés «La Nature», el banano ó árbol del plátano es, por el contrario, muy digno de los muchos elogios que le han dedicado, lo mismo los viajeros que los botánicos.



Un platanar

Entre los vegetales herbáceos ninguno puede competir con esta planta generosa ni en punto á esbeltez ni bajo el concepto de la gracia. Del centro de una bulba corpulenta, rodeada de raíces fibrosas, surge un tallo recto y liso, formado por las anchas vainas de los peciolos, que se sobreponen unas á otras. A la altura de cuatro ó cinco metros, este tallo termina en un frondoso penacho de hojas ovaladas que tienen unos dos metros de largo aproximadamente y una anchura de treinta á cincuenta centímetros cada una.

Estas hojas son finas, lisas, de un color verde brillante y están atravesadas por numerosos nervios transversales; en su cara inferior están cubiertas de una capa blanquecina que se desprende al más pequeño roce.

En los países cálidos, cuando la planta ha llegado á la edad de nueve meses, poco más ó

menos, se ve salir de entre las hojas un sustentáculo que, arrancando del centro de la bulba, crece rápidamente é inclina hacia el suelo su espádice terminal, del que no tardarán en salir las flores protegidas por espaldas de color morado. Únicamente las flores de la punta son fecundas; de estas flores nacen bayas que generalmente tienen una forma triangular y que alcanzan, según las variedades de la planta, una longitud que oscila entre treinta y cincuenta centímetros.

Del tronco nacen cada dos ó tres años varios renuevos destinados á reproducir la planta, porque hay que tener en cuenta que, una vez cogido el racimo de los frutos, es preciso cortar el tallo que, en lo sucesivo, resulta inútil. De estos varios renuevos únicamente se dejan subsistentes el que está más desarrollado y uno ó dos muy tiernos, de manera que quede asegurada la sucesión de los racimos; los demás son destruídos ó trasplantados.

Los plátanos poseen en sus diferentes edades propiedades preciosas: cuando son muy jóvenes se les puede condimentar con varios estimulantes y conservarlos en vinagre; cuando su vaina es todavía muy verde, puestos en el rescoldo y asados constituyen una especie de pan rico en fécula; cuando se acercan á la madurez adquieren un sabor en extremo agradable, algo parecido al de la castaña, y una parte del almidón que contenían se ha convertido ya en azúcar; y cuando la vaina es enteramente amarilla, el almidón ha desaparecido totalmente, el azúcar abunda, la pulpa es jugosa y

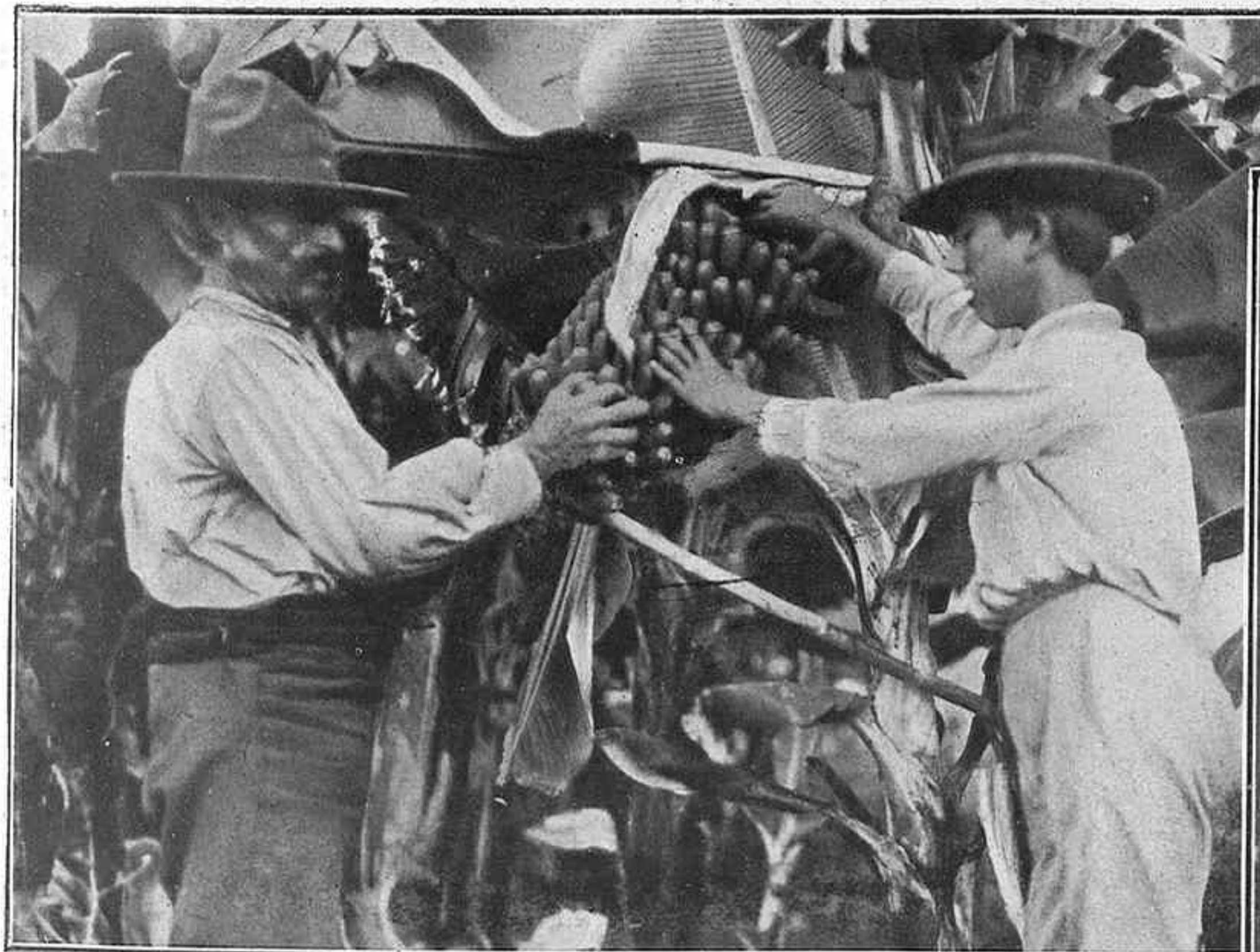


Amontonamiento de los racimos de plátanos

perfumada, y se la puede comer cruda, cocida en la sopa, frita ó en compota.

El cultivo del plátano consiste en cortar los tallos inutilizados, en quitar los renuevos sobrantes, dejando sólo los indispensables, y en arrancar las hojas marchitas.—P.

(Fotografías de Carlos Delius.)



Colonos arrancando un racimo de plátanos

Únicamente las flores de la punta son fecundas; de estas flores nacen bayas que generalmente tienen una forma triangular y que alcanzan, según las variedades de la planta, una longitud que oscila entre treinta y cincuenta centímetros.

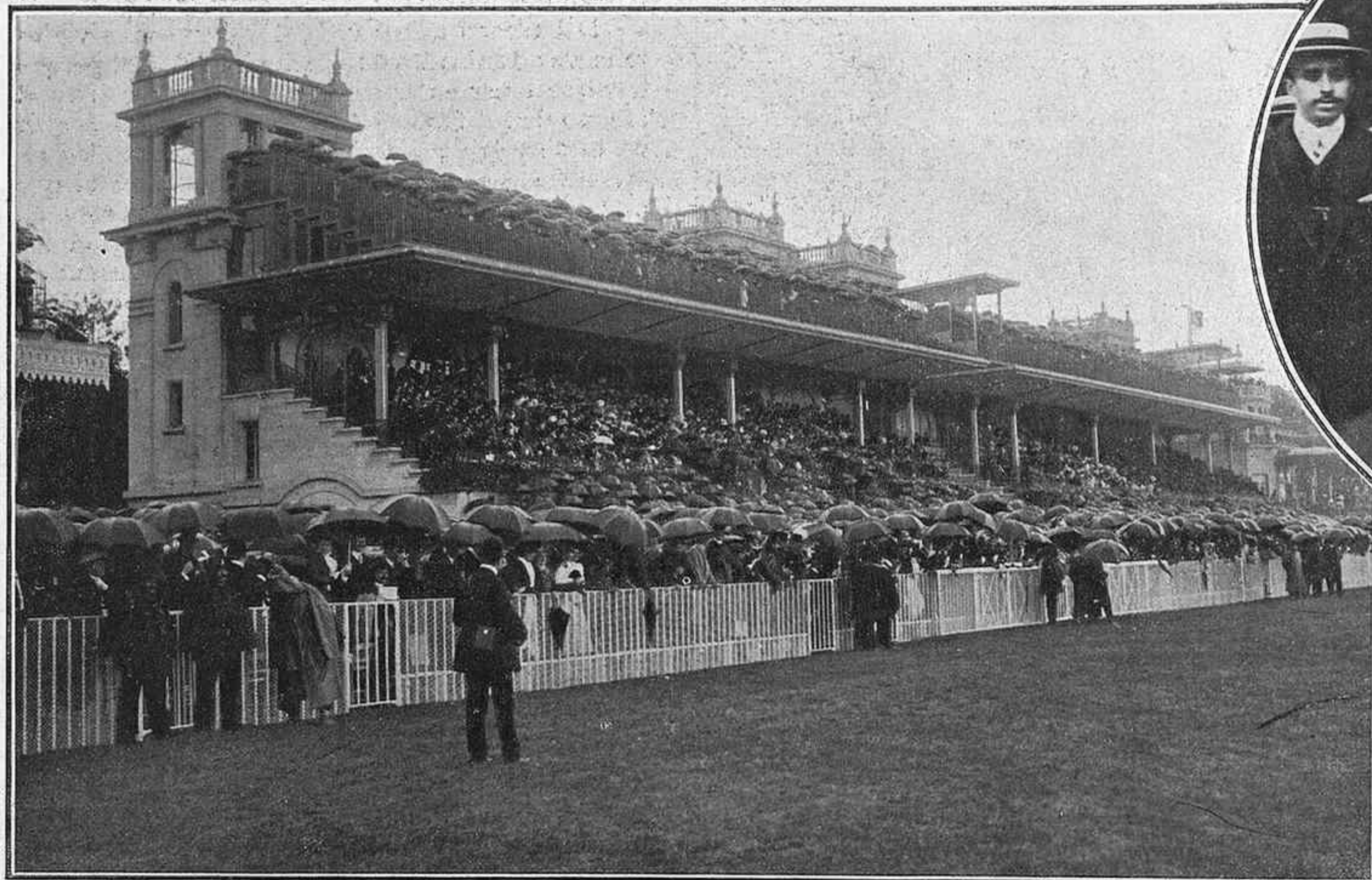


Embalaje de los plátanos para la exportación



## PARÍS.—EN EL HIPÓDROMO DE LONGCHAMP

## LA CARRERA DEL GRAN PREMIO.—ALGUNAS «TOILETTES» NOTABLES



Vista de las tribunas durante la carrera del Gran Premio



El caballo «Verdún» propiedad del barón Mauricio de Rothschild, montado por el jockey M. Barat, ganador del Gran Premio. (De fotografías de M. Rol.)

*the Fourth* y *Negofol*, seguidos de cerca por *Oversight* y *Verdún*; este último al fin tomó la delantera, que en vano le disputaron *Rebelle* y *Union*, los cuales habían dejado atrás a *William the Fourth*, y llegó el primero a la meta, siendo recibido con una gran ovación. Montaba el caballo vencedor el jockey Barat; la circunstancia de ser éste el primer jockey francés que gana el Gran Premio, llenó de entusiasmo al público, que lo saludó con aplausos y aclamaciones entusiastas.

El *Verdún* es propiedad del barón Mauricio de Rothschild, cuya cuadra ha debutado, por decirlo así, este año; no pueden darse, pues, mejores auspicios.

El caballo fué comprado en las ventas de Deauville por 20.000 francos, y ha sido criado en Montfort (Sarthe) en una yeguada de la cual han salido numerosos vencedores.

El importe total del Gran Premio ha ascendido á 350.775 francos, de los cuales 250.000 habían sido ofrecidos por el Ayuntamiento de París y 50.000 por las cinco grandes compañías ferroviarias.

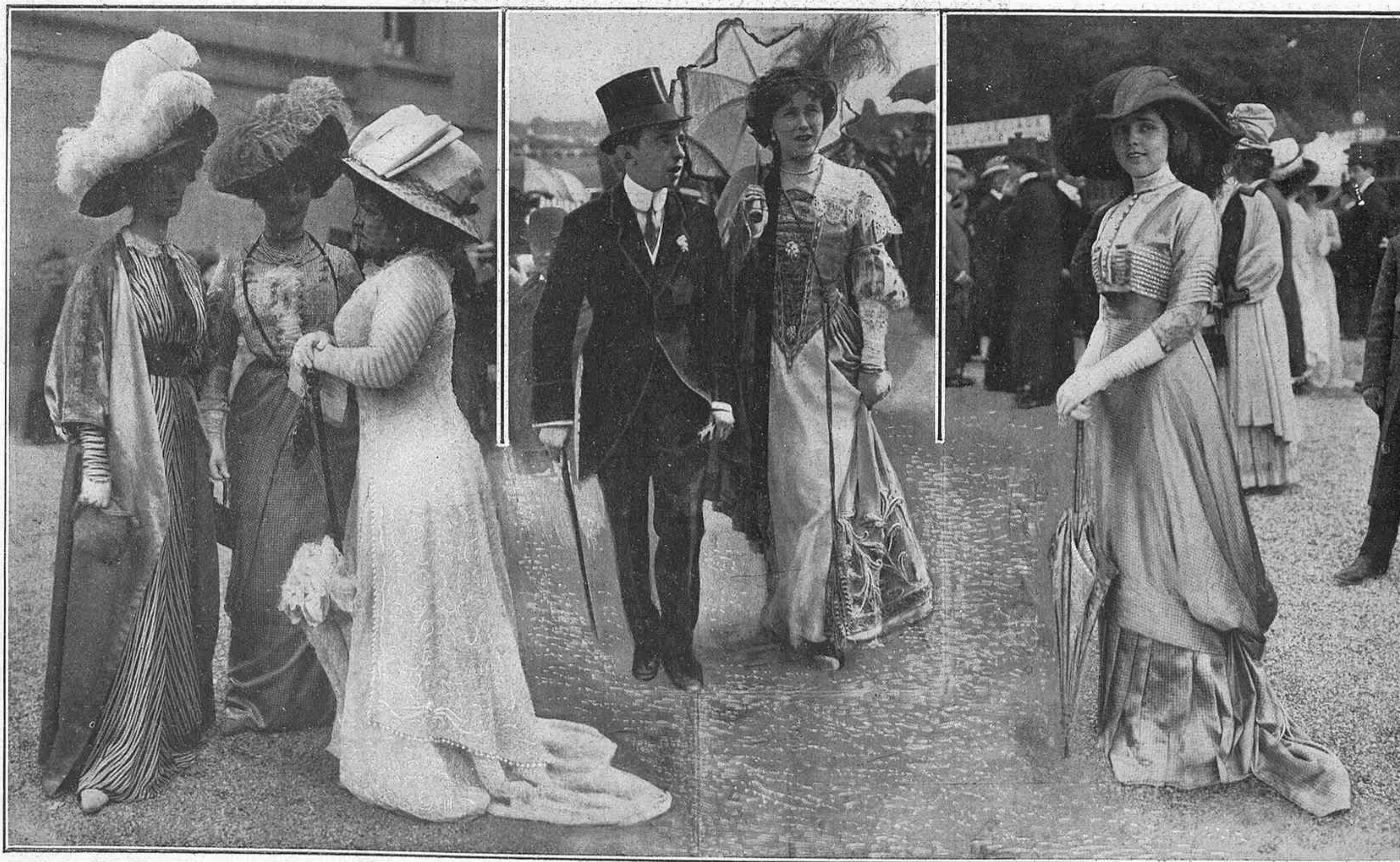
Las entradas han producido 300.606 francos, y en las apuestas mutuas se han jugado 4.663.150. El año pasado, estas cifras fueron 337.905 y 4.415.840 respectivamente. Esta diferencia se justifica por el mal tiempo que, según dejamos dicho, hizo en París el día de la carrera. —S.

La gran semana hípica parisiense no ha sido este año tan afortunada como en los anteriores: el gran *steeple-chase* de Auteuil estuvo á punto de fracasar á causa de la huelga de los *lads* de Maisons-Laffitte y de los desórdenes ocurridos en el hipódromo, según explicamos en el número último; y las carreras del «Premio de los Drags», de que nos ocupamos en otro lugar de este número, y del «Gran Premio de París» se han celebrado con tiempo lluvioso, poco á propósito para esta clase de espectáculos.

Esto no obstante, la tradicional fiesta de Longchamp ha resultado brillante y animada, y cuando sonó la campana dando la señal para la primera carrera, las tribunas estaban llenas de elegantísima concurrencia, el tránsito por el *fesage* resultaba difícil y la pelouse ofrecía el aspecto bullicioso y pintoresco de las grandes solemnidades hípicas.

A las tres llegó el presidente de la República en un coche á la *daumont*, tirado por cuatro caballos y precedido por un piquero, siendo recibido por el príncipe de Arenberg, presidente de la sociedad de Fomento, y por los comisarios marqués de Ganay, conde de Lastours y Sr. Prat.

Las primeras carreras transcurrieron, como de costumbre, en medio de una indiferencia casi general; toda la atención, todo el interés estaban en la del Gran Premio de París. En ella tomaron parte caballos de las más renombradas cuadras inglesas y francesas, estando aquéllas representadas por *William the Fourth* y *Valens*, y éstas por *Negofol*, *Union*, *Oversight* y otros, todos de muy acreditada historia; y sin embargo, llevóse el premio un caballo con el cual nadie contaba, ó que, cuando menos, no tenía los antecedentes de sus competidores. Comenzó la carrera, y desde luego se adelantaron *William*

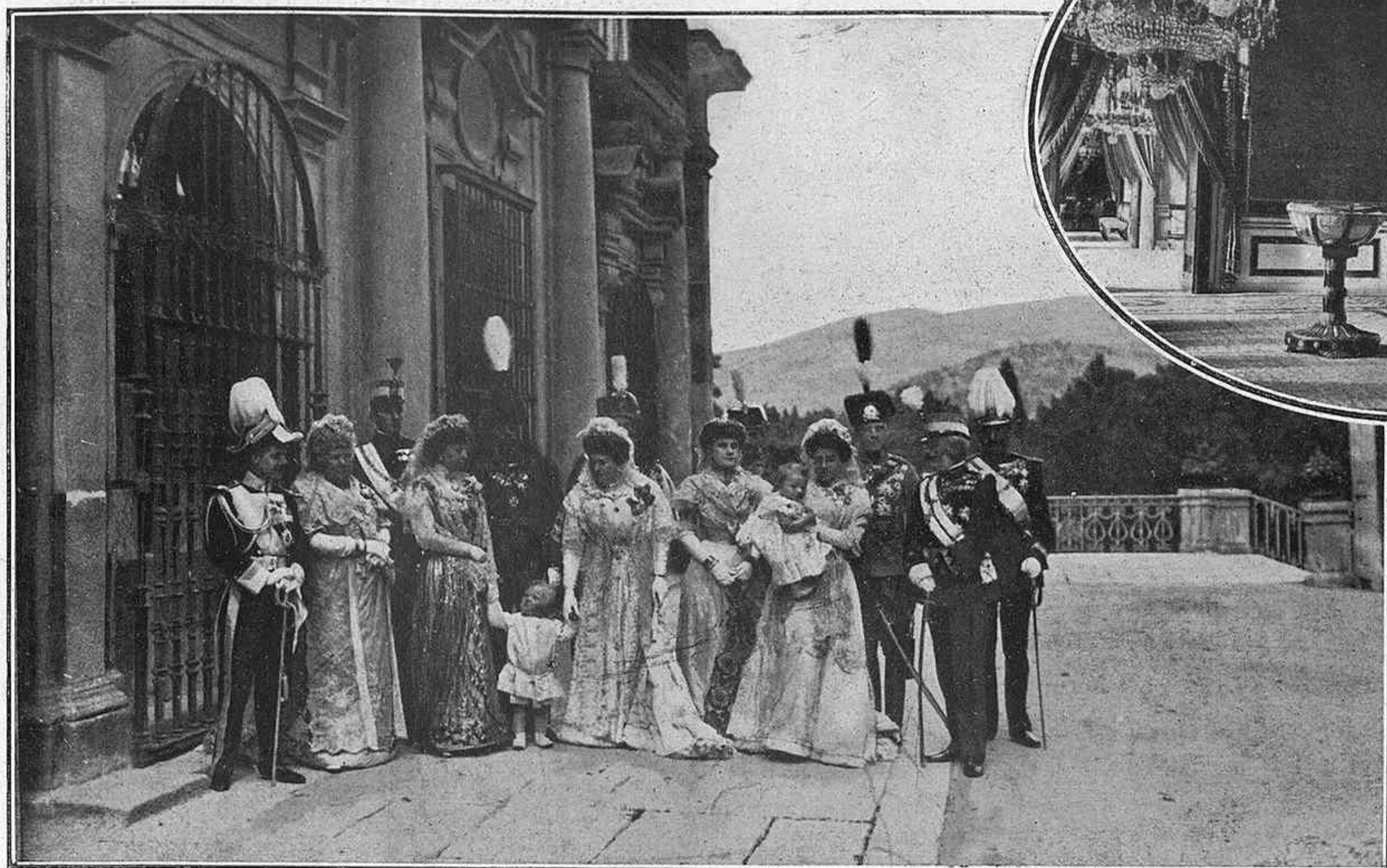


Algunas de las principales «toilettes» de Longchamp el día del Gran Premio. (De fotografías de M. Rol y de «Rapid.»)

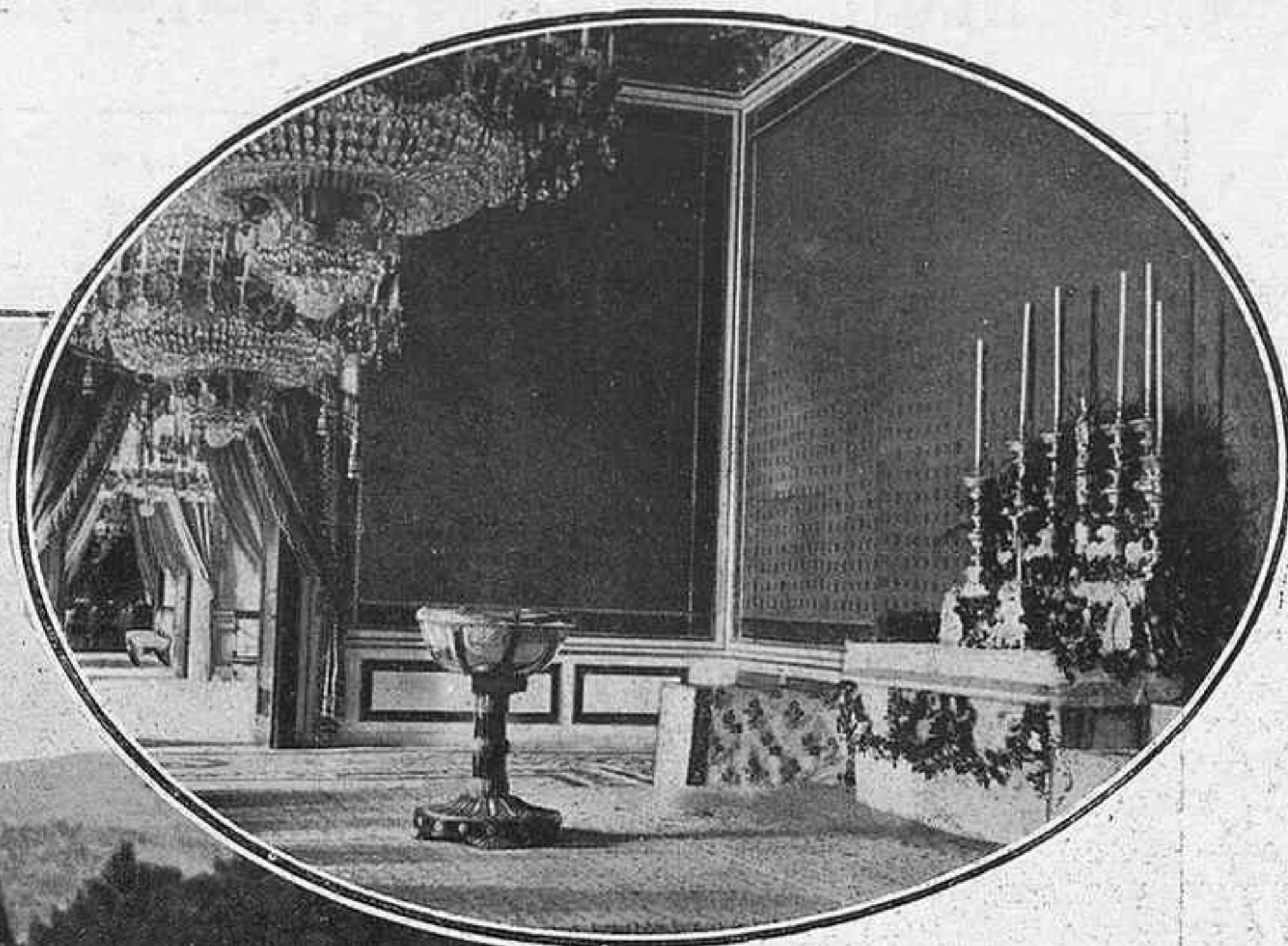


EN LA GRANJA.—BAUTIZO DE LA INFANTA BEATRIZ

(Fotografías de Manuel Asenjo.)



La familia real en los jardines de palacio después del bautizo



Salón del trono dispuesto para la ceremonia del bautizo; en el centro se ve la histórica pila de Santo Domingo.

En el salón del trono esperaban las demás personas que habían de asistir á la ceremonia: el obispo de Sión, el Nuncio de Su Santidad, el obispo de Segovia, el cuerpo diplomático, el gobierno presidido por el Sr. Maura, los presidentes del Senado y del Congreso, los gobernadores civil y militar de Segovia, el presidente de la Diputación, el alcalde de La Granja, funcionarios de la real casa y otras altas personalidades.

Sentados el rey y su augusta familia, adelantáronse la infanta doña María Teresa con la infanta Beatriz en brazos y el archiduque Federico, y comenzó el acto, que se celebró conforme al ritual, oficiando el obispo de Sión, á quien asistían el obispo de Segovia padre Miranda y los capellanes de honor.

Las varias insignias del bautizo, salero, capilla, vela, aguamanil, toalla, mazapán y algodones, fueron llevadas por los grandes de España señores duques de la Conquista, de Medinaceli, de la Victoria, de Luna y de Aliaga, marqués de Portago y conde del Real.

La augusta neófita, á la que se le impusieron los nombres de Beatriz, Isabel, María Teresa, Federica, Cristina, Alfonsa y Bienvenida, permaneció muy tranquila durante la imposición del Sacramento, y ni siquiera se movió cuando el obispo de Sión echó sobre su cabeza el agua bautismal.

Durante el bautizo, la banda de música del regimiento de Wad Ras tocó en los jardines selectas composiciones españolas.

Terminada la ceremonia, salió la corte en el mismo orden en que había entrado y se dirigió á las regias habitaciones.

Después sirvióse un *lunch* en el comedor de la planta baja.

Más tarde, corrieron las fuentes, hermoso espectáculo que fué presenciado por numeroso público y por las reales personas.

Con motivo del bautizo ha recibido la reina doña Victoria muchos y muy valiosos regalos, entre los que sobresalen el de su augusto esposo, consistente en un magnífico collar de brillantes, y el del archiduque Federico, que es un hermosísimo lazo de brillantes también. La princesa Beatriz ha regalado á su nieta una preciosa cruz de esmeraldas. El archiduque ha hecho también ricos presentes á la infantita, su ahijada, á las personas de la real familia y á las ayas y amas de los infantes.

Después de efectuada la ceremonia, los reyes dirigieron afectuosos telegramas á Su Santidad el papa Pío X y á la archiduquesa Isabel, madrina de la infantita Beatriz.—P.

Desde las primeras horas de la mañana del día 27 de junio último reinaba en el Real sitio de La Granja animación extraordinaria. Numerosos automóviles llegaban continuamente conduciendo á las personas de la familia real, á los individuos del gobierno, á los miembros del cuerpo diplomático, en una palabra, á todo el elemento oficial y á multitud de familias de la aristocracia. Una inmensa muchedumbre reunida en la plaza del Palacio esperaba la llegada de los viajeros que acudían para asistir al bautizo de la infanta.

En palacio terminábanse mientras tanto los preparativos para la ceremonia. El salón del trono, en donde ésta había de efectuarse, estaba dispuesto artísticamente; en el centro, sobre una plataforma, hallábase colocada la histórica pila de Santo Domingo de Guzmán, enfrente de la cual se alzaba el altar adornado con flores y con una imagen de plata de la Virgen del Pilar.

La plataforma sobre la que descansaba la pila estaba cubierta con una histórica alfombra, una pieza de punto de tapiz del tiempo de Carlos IV que se ha utilizado en todos los bautizos regios, desde el reinado de doña Isabel II.

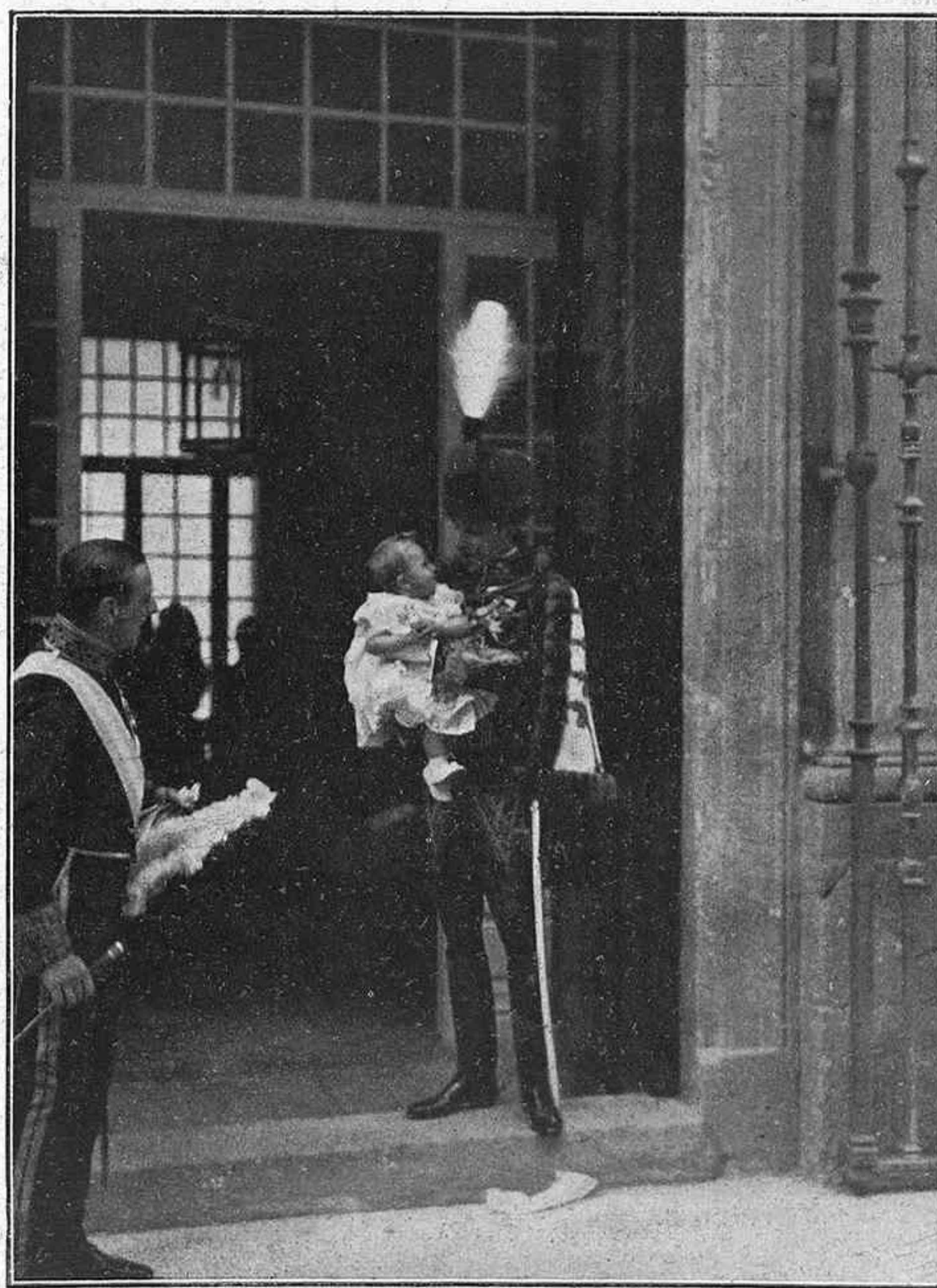
En el otro lado del salón, frente á la pila, había ocho sillones para las personas de la real familia.

A las dos de la tarde formóse en la cámara la comitiva. La infanta Beatriz, envuelta en rico faldón de encajes y con magnífica capa, iba en brazos de la condesa de los Llanos, llevando á la derecha, como padrino, al archiduque Federico, y á la izquierda á la infanta doña María Teresa, en representación de la madrina, archiduquesa Isabel. Detrás iban S. M. el rey D. Alfonso XIII, S. M. la reina doña María Cristina, el príncipe de Asturias de la mano de la condesa del Puerto, las infantas doña Isabel y doña Eulalia, los infantes D. Fernando, D. Carlos y D. Luis Alfonso, y los príncipes D. Raniero y D. Felipe de Borbón. A continuación seguían los jefes de palacio, las damas de la reina, los grandes de España, los mayordomos de semana y los demás funcionarios palatinos.

El rey vestía el uniforme de coronel del regimien-

to húngaro número 38, de que es jefe honorario, y el archiduque Federico el uniforme de teniente coronel del batallón de cazadores de Figueras.

La reina doña María Cristina llevaba elegante



S. M. el rey D. Alfonso XIII con el infante D. Jaime y el marqués de Viana en la puerta del palacio de La Granja

traje gris bordado con lentejuelas de plata; la infanta doña María Teresa precioso vestido de color de rosa y mantilla blanca, y trajes blancos la princesa Beatriz y las infantas doña Isabel y doña Eulalia.



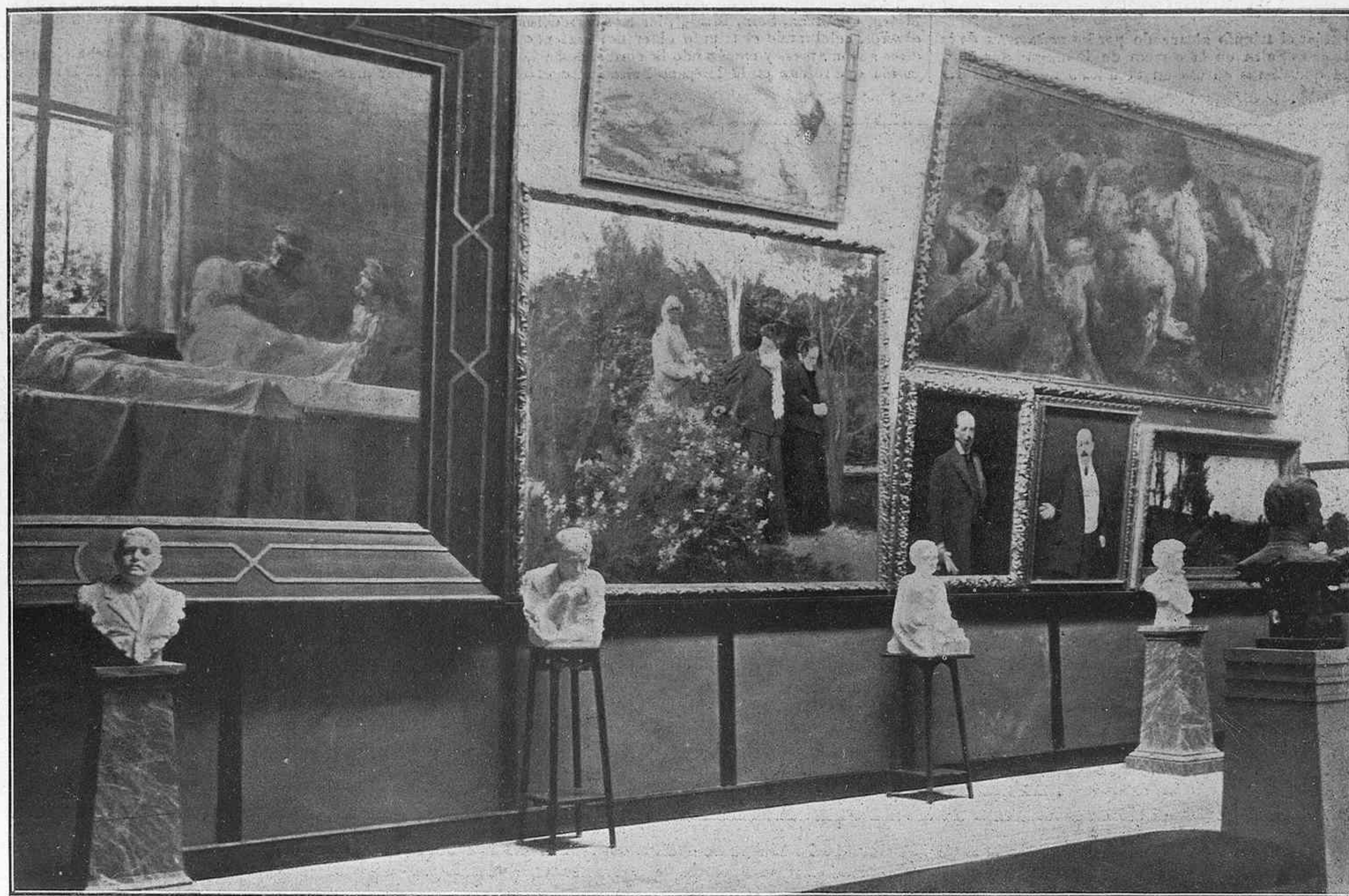


Vista de la sala donde hay algunos cuadros de Joaquín Sorolla y la escultura «Jornada» de F. Paredes



Vista de la sala donde hay cuadros de J. Soriano Fort, Vicente Climent, Lamberto Alonso, E. Navas y H. Guillem, y el grupo escultórico «El barreno» de Rafael Rubio





Vista de la sala en donde hay cuadros de Antonio Fillol, F. Cabrera Cantó y M. Benedito, y esculturas de Amador, Gabriel Borrás, F. Coret y R. Alemany



Vista de la sala en donde hay, entre otras, las esculturas «Resignación,» de Roberto Rubio (en el centro), ó «Impotencia,» de F. Paredes (en el ángulo de la derecha)



BARCELONA. - FIESTA EN LA FÁBRICA

DE LA HISPANO-SUIZA

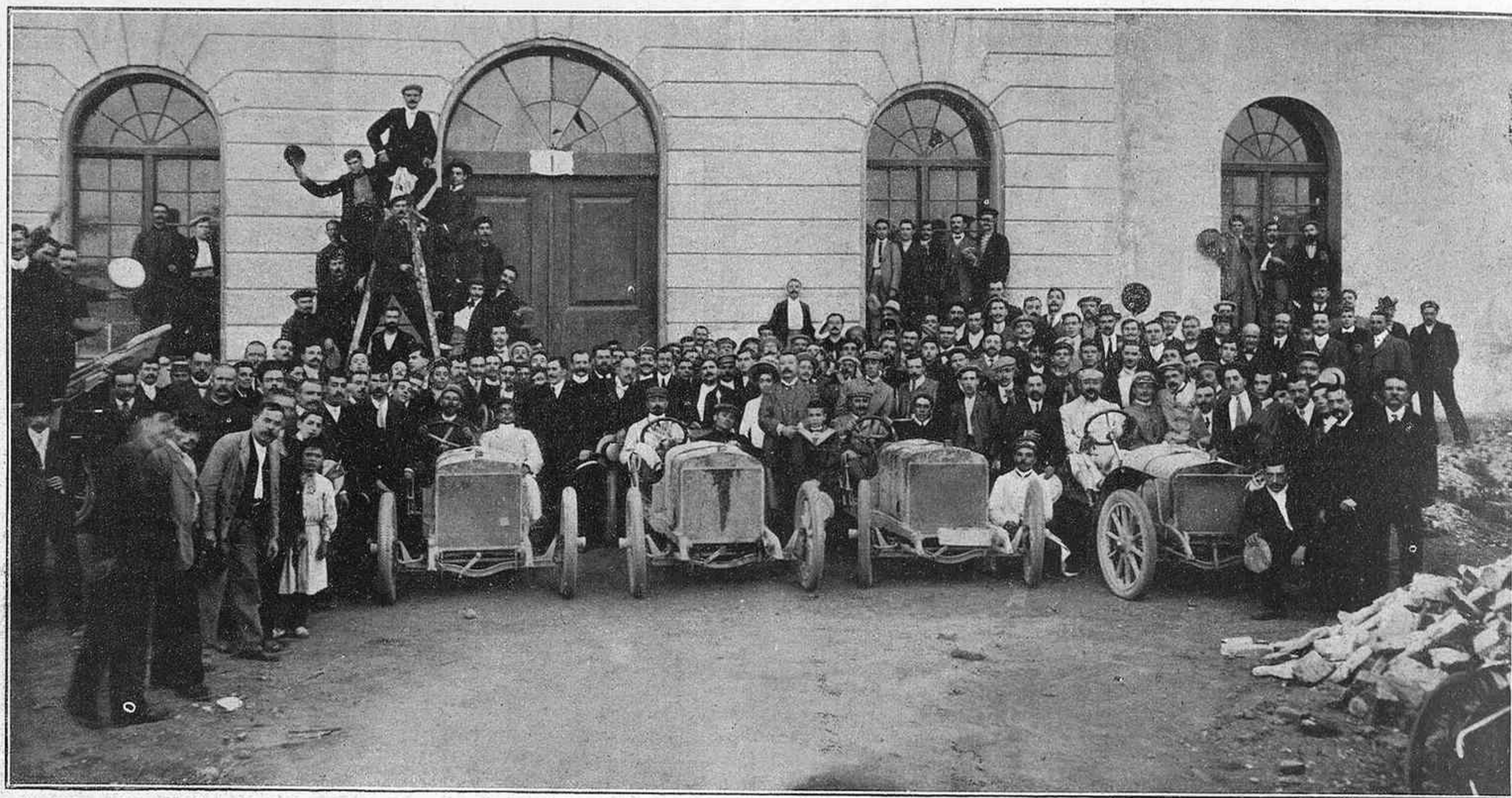
Para festejar el triunfo alcanzado por las *voiturettes* de la fábrica Hispano-Suiza en la carrera de Boulogne-Sur-Mer, triunfo del que dimos cuenta en el último número de LA

dividuos del Consejo sirvieron á los obreros, repartiendo entre éstos profusamente fiambres, dulces, champaña y cigarros.

Terminada la merienda, usaron de la palabra los señores Mateu, Quintana, Seix, Birkigt, los tres corredores y algunos obreros, celebrando el triunfo obtenido, haciendo votos por otros aún mayores y ensalzando la cordialidad y la buena armonía que reinan en la Hispano-Suiza entre el capital y el

El secretario del Jurado Sr. Pirozzini dió lectura del fallo en que de una manera entusiasta se patentizan las bellezas y los méritos del Palacio de la Música Catalana y se hace el merecido elogio del autor del proyecto y director de las obras del edificio D. Luis Doménech y Montaner.

En seguida, á los acordes de una marcha ejecutada por la banda municipal, procedióse á descubrir la hermosa placa de



Barcelona.—Fiesta celebrada en la nueva fábrica de la Hispano-Suiza en honor de los corredores de la Copa de Boulogne-sur-Mer y como correspondencia al banquete que ofrecieron los obreros de la Sociedad al ingeniero y á los individuos de la Junta Directiva

(De fotografía de A. Merletti.)

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, los obreros de aquella sociedad ofrecieron al ingeniero director de la misma Sr. Birkigt un banquete que se celebró el día 27 del próximo pasado junio y al cual fueron invitados los individuos del Consejo de Admi-



D. Matías Barrio y Mier, catedrático, diputado á Cortes y jefe del partido carlista, fallecido en Madrid en 23 de junio último. (De fotografía.)

nistración. En aquella fiesta, que se efectuó en la *Font de la Mulassa* (Horta), el Sr. Mateu, presidente del Consejo, para corresponder al agasajo de los obreros, invitóles á una merienda que se celebró dos días después en el local de la nueva fábrica que en la Sagrera ha adquirido recientemente la sociedad expresada, y á la que asistieron los tres corredores Pilleverdie, Zucarelli y Dery, los corredores de la Hispano-Suiza que tomaron parte en la citada carrera.

Llegaron éstos á San Andrés á las diez y media de la mañana, siendo recibidos con grandes aplausos por multitud de socios del Real Automóvil Club, que con sus automóviles habían salido á esperarles; y tras un breve descanso dirigieronse á la plazoleta del funicular del Tibidabo, en donde fueron obsequiados con un vermut, y desde allí á la fábrica, pasando por la calle de Salmerón, Paseo de Gracia, Ramblas y calle del Marqués del Duero. El público que transitaba por estas vías tributó una ovación á los corredores, quienes pasaron en fila precedidos de un coche piloto y seguidos de los demás carruajes.

Por la tarde, á las cuatro, celebróse la merienda que los in-

trabajo y de las que eran pruebas elocuentes las dos fiestas celebradas. Todos los oradores fueron calurosamente aplaudidos, y la fiesta terminó á hora muy avanzada entre vivas al ingeniero, á la Sociedad y á la unión entre obreros y patronos.

La nueva fábrica adquirida por la Hispano-Suiza es un gran edificio compuesto de varias cuadras, en las que se podrá ampliar la fabricación tal como exigen las demandas que continuamente recibe esa Sociedad, que á tanta altura ha puesto la industria importantísima á que se dedica, demandas muchas de ellas hechas desde el extranjero y aumentadas considerablemente después de los últimos triunfos alcanzados.

En la actualidad se está montando la maquinaria, y pronto quedarán instalados todos los talleres en la nueva fábrica, en la que habrá una gran pista para la prueba de los coches.

D. MATÍAS BARRIO Y MIER

Después de larga y penosa enfermedad, ha fallecido en Madrid el sabio catedrático y diputado á Cortes D. Matías Barrio y Mier.

Había nacido en el pueblo de Verdeña (Palencia), era doctor en Derecho y en Filosofía y tenía el título de archivero. Era decano de la facultad de Derecho de la Universidad Central, consejero de Instrucción Pública, vocal de la Comisión general de Codificación y diputado por el distrito de Cervera del Río Pisuerga, que nueve veces habíale confiado su representación en Cortes.

Hombre de gran talento, de una integridad de principios digna de toda alabanza y de una caballerosidad, honradez y bondad extraordinarias, conquistó el aprecio y la admiración de cuantos le conocieron. En el Parlamento se distinguió por su oratoria reposada y serena y por su saber, que prestaba justa autoridad á su palabra; en la cátedra, demostró siempre su amor á las tareas de la enseñanza.

Al retirarse de la política activa el marqués de Cerralbo, el Sr. Barrio y Mier fué nombrado jefe del partido carlista.

¡Descanse en paz!

BARCELONA

FIESTA EN EL PALACIO DE LA MÚSICA CATALANA

El día 27 de junio último efectuóse en el Palacio de la Música Catalana el acto solemne de la entrega del premio concedido al «Orfeo Catalá» en el concurso de edificios de 1908. A las cuatro de la tarde llegó al palacio la comisión del Ayuntamiento, presidida por el alcalde accidental señor Bastardas y acompañada de los individuos del Jurado del mencionado concurso. Recibidos por el presidente, vicepresidente y director artístico del Orfeo, Sres. Cabot, Moragas y Millet, y por varios individuos de la Junta y profesores, reunieronse todos en el salón de ensayos, en donde se efectuó la ceremonia.

bronce y á entregar al Sr. Doménech un artístico pergamino, obra del repatado pintor D. José Llavería.

A continuación el Sr. Bastardas pronunció un elocuente discurso expresando la satisfacción que sentían el Ayuntamiento y el Jurado al otorgar el premio al «Orfeo Catalá», elogiando la obra de amor y cultura realizada por éste, felicitando á su Junta, al maestro Millet, al Sr. Doménech y á cuantos han trabajado en el palacio, y afirmando que el Ayuntamiento tiene contraído el compromiso de ayudar á una entidad que tanto ha hecho por el buen nombre de Barcelona.

Dieron las gracias al Sr. Bastardas los Sres. Doménech y Cabot; este último, después de hacer constar que la obra del «Orfeo» es hija de entusiasmos y que el palacio ha sido hecho para el arte y para honra y orgullo de Barcelona, terminó diciendo que Millet ha hecho el «Orfeo» y éste la casa para el arte y para la patria.

Luego, en el gran salón de audiciones, dióse en honor del Ayuntamiento un concierto en el que el «Orfeo» dirigido por el maestro Millet, cantó con su maestría acostumbrada composiciones de Millet, Alfonso, Pujol, Nicolau, Strauss, Vives,



Barcelona.—Entrega solemne del premio del concurso de edificios de 1908 otorgado al Palacio de la Música Catalana, propiedad del «Orfeo Catalá.» (De fotografía de A. Merletti.)

Montes, Franck, Saint-Saens, Comes y Palestrina, que fueron aplaudidas con entusiasmo.



## LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.— ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



—¡Váyase usted, miserable!, repitió. ¡Váyase usted!

Sólo así se explicaba el silencio incomprensible de Luciano, y aun se preguntaba cómo, antes de partir para las colonias, no le había escrito para comunicárselo.

Después le asaltaron otras ideas, verdaderas preocupaciones; pensaba que su hermano podía estar enfermo ó haber fallecido, y varias veces tuvo la intención de escribir al ministerio de la Guerra pidiendo noticias; pero no lo hizo, esperando sin cesar carta de Luciano, que podía cruzarse con la suya.

«En suma, las malas noticias se saben pronto» — pensaba él.

No había, pues, que alarmarse; ó en Francia ó en las colonias, Luciano debía seguir sin novedad. Quizá había escrito y su carta se había extraviado en los transbordos ó en la pérdida de algún buque.

Por último, Edmundo resolvió practicar una diligencia, que confió á Mr. James Pick cuando éste tuvo que ir á Inglaterra en 1881, y la contestación que su asociado le trajo fué para él la causa de un verdadero estupor.

—No pude ir á París, como me proponía, le dijo el joven ingeniero inglés; pero encargué á nuestro representante en el Havre M. Sabourier que tomase informes acerca de su hermano de usted. Luciano no pertenece ya al ejército; hace tiempo que fué declarado inútil para el servicio, y el ministerio de la Guerra, que no ejerce ya ninguna autoridad sobre él, ignora su paradero.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

¿Qué deducir?

¿Por qué Luciano no había comunicado á Edmundo su licenciamiento al ser declarado inútil? ¿Lo había sido á consecuencia de alguna grave enfermedad? Porque antes de sentar plaza gozaba de la mejor salud posible. ¿Entonces podía haber muerto después de su licenciamiento por enfermo!

«Sólo así puede explicarse la carencia absoluta de noticias de tres años á esta parte» — pensó tristemente el hermano de Luciano.

Entonces hubiera querido escribir, para enterarse. ¿Pero á quién dirigirse?.. Hacía más de cuatro años que faltaba de Francia y no había conservado en ella relación alguna.

«Me informaré yo mismo cuando vaya á París, dentro de algunos meses» — se dijo.

Edmundo de Favreuse conservaba, en efecto, la esperanza de volver pronto á Francia, donde no sólo le atraía la necesidad de volver á ver el país natal, necesidad que se convierte en nostalgia para el que no puede satisfacerla, sino que le llamaban sobre todo las tiernas esperanzas y los deseos amorosos que su corazón había abrigado constantemente.

Edmundo se alegraba sobre todo de los soberbios resultados obtenidos por su trabajo y por su inteligencia pensando en Juana, á la que amaba más que nunca, adorándola con esa exasperación de las fuerzas efectivas que los obstáculos comunican á los corazones profundamente enamorados.

Era por ella, para merecer su amor en que tenía fe, para ganar la confianza del Sr. Laroche, por lo que él había trabajado con tal ardor; y hoy, después de tan largos años de destierro, veía al fin sus esfuerzos re-

compensados. Su posición, ya soberbia, iba á ser aún más brillante. Socio de la casa Pick and sons, considerablemente agrandada por la agregación de la *Star Line*, se encontraba además al frente de los importantes establecimientos de Montreal y de Portland. Sus beneficios anuales pasaban ya de ciento cincuenta mil francos; su parte de socio representaba un valor de varios millones. A la vuelta de pocos años poseería una fortuna considerable.

Por consiguiente, ya nada se oponía á la realización de sus más caras aspiraciones.

Dentro de pocos meses, en el transcurso del año 1882, iba á poder volver á Francia y vería nuevamente á Juana.

Volvería rico á su lado y animado siempre por el mismo amor.

«¡Ah, como no me haya olvidado! — pensaba él. — ¡Como no haya muerto!..»

Porque nunca había tenido noticias del señor Laroche.

Edmundo había liquidado enteramente las deudas de su padre. Cada año había retirado de sus beneficios una cantidad cada vez más crecida para saldar aquellas cuentas atrasadas y había remitido el dinero destinado á esos pagos á la Caja de Depósitos y Consignaciones, donde cada uno de los acreedores del Sr. de Favreuse, oportunamente avisado, había ido á cobrar. Sólo había conservado el crédito del señor Laroche, á quien quería pagar personalmente, por varias razones: en primer lugar, teniendo en cuenta la amistad que había unido á su padre con el de Juana, no podía emplear con él aquel procedimiento ni servirse de aquel intermediario, cosa que hubiera



podido interpretarse como una falta de gratitud y de una intención de ruptura; en segundo lugar, deseaba vivamente volver a ver al Sr. Laroche, a su regreso a Francia, porque, al reembolsarlo, quería demostrarle que no era ingrato, que no había olvidado el favor hecho a su desgraciado padre en un momento crítico y reiterarle las gracias por lo que había hecho por él poniéndole en relación con aquella casa inglesa en la cual había logrado crearse una brillante posición.

No, Juana no había muerto y no le había olvidado... Una voz misteriosa se lo decía, y aquella voz le había sostenido, alimentando la esperanza en su corazón durante aquellos cinco años de ausencia.

Su amor le atraía y le daba una impaciencia difícil de contener hasta el día de poder ir a embarcarse en Nueva York.

Al fin llegó el deseado momento. Mr. James Pick dejó partir a su socio, hoy su amigo; pero justo es decir que le vio regresar con sentimiento a Francia. Hasta entonces había procurado retenerlo, porque sabía que Edmundo, que más de una vez le había hecho sus confidencias amorosas, amaba a la hija del Sr. Laroche y esperaba el día de poderla pedir por esposa, y este proyecto desbarataba el que el joven ingeniero había formado por su parte, viéndose en Edmundo al mejor marido que hubiera podido dar a su hermana, miss Enid. De aquel modo se hubieran estrechado más los lazos que unían a los dos amigos.

El soberbio transatlántico *La Normandía* efectuaba su segundo viaje a Francia, y a su bordo se embarcó Edmundo de Favreuse con destino al Havre.

Llegó a este puerto después de una travesía maravillosa.

Al acercarse a Francia, Edmundo sentía desvanecerse poco a poco aquella esperanza alimentada en su alma por la voz misteriosa que le aseguraba que Juana le amaba todavía. Secretos presentimientos, vagas inquietudes, le agitaron, y en el momento de poner el pie en el muelle del Havre, se convirtieron en verdaderas aprensiones. La proximidad de la dicha, ¿no se señala con la inspiración de los mismos temores que la amenaza de una desgracia?

Entonces el desdichado no paró hasta haber puesto término a sus angustias.

Sin pasar una sola noche en el Havre, después de haber escrito a Londres y telegrafiar a Montreal anunciando a sus socios su feliz llegada, se hizo conducir a la estación con su equipaje y tomó el primer tren expreso de París.

Apenas llegado y tomada habitación en el Gran Hotel, donde cambió su traje de viaje por otro, tomó un coche y se hizo conducir al antiguo domicilio de su hermano, calle del faubourg Saint-Denis, número 115.

Luciano había conservado su cuarto en aquella casa durante todo su servicio militar, allí pensaba Edmundo poder recoger los primeros informes que necesitaba para encontrarlo.

Al verlo, la portera de la casa, la misma de cinco años atrás, fué presa de un verdadero estupor que no pudo disimular.

Como Edmundo sólo llevaba bigote, tal como Luciano antes, la mujer creyó reconocer en él a su antiguo inquilino, engañada como tantos otros por aquel extraordinario parecido que confundía a los dos hermanos.

Pero aquel estupor creció de punto cuando el joven preguntó:

—Señora, ¿no vivió aquí el Sr. de Favreuse?

—¡El Sr. de Favreuse!..., exclamó la portera en tono del mayor asombro. ¡Y bien! Sí, señor... ¡Le reconozco perfectamente!.

Edmundo se sonrió.

—Fué mi hermano, explicó, el que vivió en esta casa.

—¡Su hermano! ¡Cómo! ¿Entonces usted no es?..

—No, señora, interrumpió el joven. Hace más de tres años que no he tenido noticias de mi hermano; yo estaba en América.

—¡Ah, ya, bien!., dijo la portera, recordando ciertos detalles. ¿Era usted quien escribía de allá al señor de Favreuse con sellos que yo le pedía cada vez para la colección de mi sobrino?..

—Eso es.

—¡Ahora caigo!

—Mi hermano había sentado plaza en el 41.º regimiento de línea, y durante su servicio, conservó este cuarto, a fin de tener un apeadero para sus días de permiso. Pensé que usted podría decirme dónde fué a vivir al marchar de aquí.

La portera no sabía qué decir; conocía el crimen y la condena de su antiguo inquilino, puesto que habían ido a practicar un reconocimiento en el cuar-

to alquilado al Sr. de Favreuse. Pero le faltaba valor para enterar a su hermano. Tal vez lo sabía... De todos modos, el recordarlo sería doloroso. Valía más callar. La buena mujer contestó simplemente, después de una corta vacilación:

—No, señor... No sé dónde se mudó, mejor dicho, no me acuerdo, porque en aquella época lo supe... ¡Ha transcurrido tanto tiempo!.. Recuerdo el barrio; era en Auteuil..., calle de Boileau, si la memoria no me es infiel...

—Calle de Boileau, repitió Edmundo.

—Sí, allí fué a vivir cuando se casó...

—¡Se casó!, repitió el joven.

—¿No lo sabía usted?

—No..., yo me encontraba lejos, como he dicho... ¡Es singular!..

Edmundo, sin saber por qué, experimentó, al oír tal noticia, una dolorosa angustia en el corazón.

Su estupefacción, mezclada con una pena profunda que entristeció su rostro, hizo comprender a la portera que hacía bien en ser discreta, y añadió:

—Es todo lo que puedo decirle a usted... No he vuelto a ver a su señor hermano.

Deseaba verle partir a fin de no ser interrogada por más tiempo.

—Gracias, señora, dijo Edmundo, que también tenía ganas de estar solo a fin de reflexionar y analizar si era posible lo que pasaba en su interior, a fin de tratar de comprender la causa de aquella terrible angustia que se apoderaba de él.

«¡Pobre joven!..» —pensó la compasiva portera viéndole partir.

«¡Casado!.. —se dijo Edmundo. — ¡Es singular!.. ¿Por qué no me lo dijo?.. ¿Qué le he hecho yo?..»

Encontróse delante de su cochero, que abrió la puerta del *fiacre* al verle volver.

¿Dónde iba a hacerse conducir?..

Aquella noticia del casamiento de Luciano le quitaba la facultad de pensar en otra cosa.

Reflexionó un rato y dijo al auriga:

—Boulevard de San Germán, número 6.

Era la dirección del Sr. Laroche.

Había resuelto visitarle inmediatamente después de su llegada, a fin de ver a Juana lo más pronto posible.

El trayecto, bastante largo, le permitió reanudar sus conjeturas.

«¡Casado!.. —se repetía. — ¿Qué ha pasado para que Luciano haya obrado así?..»

Entonces encontró una explicación, que le pareció verosímil.

«Luciano hizo creer que se había casado para salvar las apariencias — pensó; — pero es imposible, me lo hubiera comunicado, pues sabe muy bien que yo le quiero y que me alegraría de cualquier satisfacción que tuviese. Tendrá una amante..., quizá una joven a quien hizo caer en falta, que robó a su familia, y para disimular la irregularidad de esa situación, dijo a su antigua portera que iba a casarse... Sí, no puede ser más que eso...»

Este razonamiento le pareció muy lógico, y su espíritu, que le dió vueltas, lo admitió sin discusión alguna.

Esto le tranquilizó y cesaron de golpe sus aprensiones e inquietudes.

No se dió cuenta siquiera de la duración del trayecto, pasando el tiempo en buscar el medio de encontrar a su hermano, en pensar a quién se dirigiría para saber noticias suyas, y casi se sorprendió cuando el *fiacre* se detuvo delante de la casa que había indicado.

La portera era la misma de años atrás, y antes de que Edmundo hubiese abierto la boca, le había reconocido al verle apearse del coche.

Como la otra, como todos; lo tomó por el marido de Juana.

«¡É!.. —dijo la mujer para sí. — ¡Qué atrevimiento!.. Y le recibió mal dispuesta.

—¡El Sr. Laroche!.., contestó a su pregunta. No vive ya en París.

Edmundo quiso preguntar, contrariado por la noticia de aquella ausencia que alejaba el momento de volver a ver a Juana.

—¿Hace ya tiempo?, preguntó.

—Desde el mes de febrero de 1878, dijo la portera con desprecio e indignación, acentuando la fecha con retintín.

Era la época del proceso y condena del marido de Juana, y la mujer quería así recordársela al que tomaba por el culpable.

Edmundo no podía comprender la causa de aquella depreciativa recepción.

—¿El Sr. Laroche vive quizá en su quinta del Charente?, volvió a preguntar.

—Sin duda, contestó la portera en el mismo tono.

Y como esta corta conversación acababa de tener lugar en el vestíbulo, ella dió media vuelta y entró en la portería, sin un saludo, sin una explicación.

Edmundo no salía de su asombro.

Parecía que su presencia evocaba algún recuerdo cruel. ¿Pero a qué atribuir aquella acogida?.. No lo acertaba a comprender.

Por lo demás, sólo pensaba en Juana.

Volvió al hotel, comió apenas y se retiró a su cuarto, donde consultó la guía de ferrocarriles a fin de saber qué tren podía tomar al día siguiente para ir a Segonzac.

Partió por la mañana muy temprano y llegó cerca de las dos de la tarde, después de haber almorzado, durante una parada, en la estación de Tours.

Al acercarse, había reconocido los paisajes en medio de los cuales había pasado su infancia, hasta la desdichada separación que, al desunir a sus padres, le privó de su madre.

Por el camino del Cepellón, que quiso recorrer a pie, vió el antiguo castillo de Favreuse, residencia de su familia, el antiguo caserón donde él había nacido, perteneciente hoy a un advenedizo que había cambiado su aspecto con embellecimientos de mal gusto.

Experimentó una profunda emoción que él atribuyó a aquellos recuerdos.

Al mismo tiempo sintióse presa de una vacilación, como si, al acercarse a Juana, hubiese querido instintivamente, después de haberlo deseado tanto, alejar el momento de verla.

Acortó el paso desde que divisó, entre los copudos árboles del parque que la rodeaban, la quinta del Cepellón, casi vecino del que había pertenecido a su padre, y buscando la causa de aquella emoción y de aquellas aprensiones, se dijo:

«Me hallo todavía bajo la influencia de todo lo que pasa de extraño en torno mío desde que llegué a París... ¡Qué cambios cuando se vuelve después de una larga ausencia!.. Luciano casado, sin que yo lo haya sabido, sin habérmelo escrito... Y no sólo casado, sino libre... Pero desaparecido, sin dar noticias. ¿Por qué?.. Y ayer tarde, en el antiguo domicilio del Sr. Laroche, esa mujer que me conocía, que me reconoció perfectamente, ¿por qué me recibiría de aquel modo, que denotaba una especie de hostilidad que no puedo explicarme?.. Todo esto me impresiona. ¿Qué novedades voy a encontrar aquí? ¿Qué otro cambio, qué otras sorpresas me esperan?..»

Pero sacando en seguida de su amor mismo una energía a que apeló, Edmundo de Favreuse sonrió sacudiendo la cabeza como para apartar aquellos dolorosos pensamientos y recobrar confianza.

«Es una tontería — se dijo. — ¿Por qué he de ser así?..»

Vió al cartero que, desembocando de un camino vecinal, tomó la carretera viniendo a su encuentro.

«Ese hombre viene de la parte del Cepellón — añadió; — él me dirá...»

Cuando estuvo a pocos pasos del modesto empleado de correos, el hermano de Luciano le detuvo, llevando la mano al sombrero.

—¡Usted ¡dispense!, dijo. ¿La quinta del Cepellón es esa, verdad?

—Sí, señor, contestó el cartero devolviendo el saludo.

—¿Sigue perteneciendo al Sr. Laroche?

—Sí, señor.

—¿Está aquí en este momento? ¿Sin duda viene usted de su casa?

—Sí, acabo de llevar el correo de la segunda distribución; el Sr. Laroche debe estar, aunque, a decir verdad, no lo he visto. Sólo he visto a la señorita Juana...

—Juana..., pronunció el enamorado joven que no pudo dominar su emoción.

—¿Entonces usted conoce al Sr. Laroche y a su hija?, preguntó el cartero. ¿Va usted al Cepellón?

—Sí... Le conozco hace mucho tiempo..., pero también hacía mucho tiempo que yo estaba ausente, en el extranjero... Cinco años... Por esto me alegro de encontrar quien pueda darme noticias antes de verles... ¡En cinco años, pasan tantas cosas!..

—¡Cinco años!.., dijo el cartero; entonces, a poca diferencia, el mismo tiempo que hace que el señor Laroche fijó aquí su residencia con la señorita. Por que ya hará al menos cuatro años... No lo sé a punto fijo, porque sólo hace año y medio que sirvo en esta sección. ¡Ah! Pero parece que ha habido grandes cambios, y va usted a encontrarse con novedades.

—Sé que el Sr. Laroche abandonó París, donde tenía una casa de comercio para sus aguardientes y coñacs...

—Eso es, y fué a causa de la enfermedad de la señorita.

—¡Juana!.. ¿La señorita Juana estuvo gravemente



enferma?, preguntó Edmundo, presa de una dolorosa emoción.

—¡Ah, sí, señor!., contestó el cartero. Parece que tuvo una fiebre cerebral... En fin, algo en la cabeza...

El hombre no se atrevía a explicarse francamente, de tal modo veía al joven dolorosamente impresionado por lo poco que había dicho. Además, no suele hablarse abiertamente de una enfermedad mental, de una afección tan triste como la locura, sobre todo cuando la infeliz demente es una persona tan simpática como la hija del propietario del Cepellón.

Todo el mundo la apreciaba y seguía llamándola «señorita,» ya porque ignorase su matrimonio, ya porque los que habían oído hablar vagamente de él no lo tuviesen en cuenta a fin de no evocar el recuerdo de los crueles y misteriosos sucesos con que le sabían relacionado.

—¿Y ahora?, interrogó Edmundo de Favreuse sin alientos. Ahora la señorita Juana va bien, contestó el cartero, que quiso tranquilizar al joven. ¿No digo á usted que acabo de verla en el parque? ¡Oh, apenas se conoce que haya estado enferma!.. Aunque todavía necesita algunos cuidados, atenuó, no queriendo mentir. En fin, el médico no viene ya más que por pura fórmula, porque es amigo del Sr. Laroche, un médico de Angulema... Es el que la ha asistido... Pero yo me entretengo hablando, añadió el hombre, que se interrumpió á fin de no explicarse más, y todavía me falta hacer más de la mitad de mi distribución!.. Usted dispense, caballero... ¡Hasta la vista!

—Hasta la vista!, dijo vagamente Edmundo, con el ánimo preocupado.

—Tome usted ese camino, indicó el cartero, es mucho más corto que ir á dar la gran vuelta por la avenida. Al extremo encontrará usted la portezuela, que da al jardín y el jardinero le acompañará.

—Gracias.

—El Sr. Laroche debe encontrarse en el parque, con el doctor que ha almorzado en la quinta. ¡Buenas tardes, caballero!

Un nuevo trastorno, más profundo, más angustioso, se había apoderado de Edmundo de Favreuse y su inquietud aumentaba á cada paso.

—¡Juana ha debido estar muy enferma para que su padre abandonase París y sus negocios!., pensó. ¡Sin duda habrá estado á punto de morir!..

Y obedeciendo luego á uno de esos sentimientos egoístas, propios de los enamorados que ponen su pasión por cima de todo, egoísmo que es la esencia misma del amor y hasta su virtud, Edmundo dijo para sí:

—¿Que hubiera sucedido, si no?.. Esa enfermedad probablemente le ha impedido casarse... ¡Porque Juana debe tener hoy veinticinco años y su padre hubiera tratado seguramente de hacerle tomar estado!

En esto llegó al extremo del camino.

A la izquierda, bajo unas glicinas colgantes que cubrían el lomo de la pared, vio la portezuela de hierro que el cartero le había indicado. A través de la reja se podía ver parte del jardín, que era muy extenso y se prolongaba por detrás de unos bosquecillos de laureles y boneteros que lo cortaban en la parte opuesta á la estufa adosada á la pared, expuesta al mediodía y admirablemente abrigada.

Edmundo se acercó.

La verja estaba abierta, la empujó y trató de ver al jardinero.

No viéndole, entró.

Maquinalmente sacó la cartera, á fin de buscar una de sus tarjetas para hacerla entregar al Sr. Laroche, y después de cogerla, se la puso en el bolsillo de la chaqueta, para tenerla á mano, volvió á meterse la cartera en el bolsillo, repleta de billetes de banco, con la cuenta perfectamente establecida de lo que se debía al antiguo amigo de su padre y que tenía el honor de devolverle.

Avanzó dirigiéndose hacia el invernáculo, cuyos cristales estaban todos abiertos, tal vez se hallaba allí el jardinero, puesto que no le veía en el exterior.

Andando, el hermano de Luciano volvía la cabeza á derecha é izquierda, mirando á su alrededor, pronto á entregar su tarjeta que tenía en la mano, dentro del bolsillo, á la primera persona que viese, cuando se detuvo súbitamente.

Al llegar á la altura de los espesos bosquecillos de verdes arbustos, acababa de ver una joven, hasta entonces oculta á sus miradas por el bosquecillo, y en aquella joven, sin vacilación alguna, reconoció á Juana.

Era ella, en efecto, tal como la había visto años atrás, del brazo de su padre, en el bulevar de San Miguel, tal como se la representaba cada día la imagen fielmente conservada por su memoria: era ella, que casi parecía tener la misma edad, ella, hermosa como siempre y como siempre amada.

Juana no le veía.

Inclinada sobre una mata de flores, se acercaba sucesivamente á cada flor, bajando aún más la cabeza para olerlas. Apenas las tocaba; únicamente aspiraba su perfume, sin coger ninguna.

Permanecía largo tiempo al lado de cada una, y luego iba á ver otras, repitiendo el acto, como si, ferviente admiradora, temiese abreviar la vida de aquellas flores amadas arrancándolas de la planta, y prefiriese admirarlas en el maravilloso conjunto del jardín en que vivían embalsamando el ambiente.

«¡Juana, Juana!..—dijo para sí Edmundo contemplándola con amoroso fervor.—¡Ella!.. ¡Oh, dulce amada mía!.. ¡Hermosa como siempre!.. ¡Ella!..»

Y añadió tristemente:

«¿Se acordará todavía de mí?.. ¿Se acordará de aquel tierno afecto de nuestra infancia, de aquella amistad que consagramos bajo los auspicios divinos el día en que, como dos prometidos esposos, nos unimos en el momento solemne de nuestra primera comunión?.. ¿Se acordará como yo?.. ¿Me reconocerá siquiera?..»

Su corazón palpitaba con tal violencia, que le parecía que iba á estallar.

Incapaz de dominar su emoción, Edmundo se dirigió hacia ella, y al crujido de la arena bajo sus pisadas, la joven se volvió.

Y vio á Edmundo.

—¡Juana!., murmuró el joven. ¡Juana!..

Apresuró el paso para salvar la corta distancia que aún le separaba de ella, con los brazos tendidos.

—¡Juana!..

Ella no le observó más que un instante con aquel aire atónito, con aquellas miradas sin expresión y sin inteligencia que la locura le daba, y de pronto se produjo en ella un profundo movimiento que sacudió todo su ser... Una sensación misteriosa y fuerte corrió hasta por las fibras más tenues de su cuerpo, un rayo de luz atravesó sus pupilas, mientras se pasaba rápidamente la mano por la frente como para rasgar un velo que acababa de entreabrirse.

Y dió un grito medio ahogado:

—¡Ah!..

Inmediatamente su rostro se transfiguró.

En sus miradas brillaba el recuerdo súbitamente despertado por aquella poderosa conmoción que el sabio alienista esperaba como el instrumento de la cura; la inteligencia iluminó al instante sus facciones y exclamó, corriendo hacia el hombre á quien reconocía:

—¡Edmundo!.. ¡Ah, mi querido Edmundo!.. ¡Tú, eres tú!..

Sus manos tendidas encontraron las del joven y las cogieron con fuerza, mientras los labios avanzaban, llenos de besos hacia los de él.

—¡Tú!., repitió. ¡Oh!., Edmundo!

Y le abrazó con fuerza.

—¡Juana!., murmuró Edmundo de Favreuse transportado de dicha. ¡Juana mía!..

—¡Ah, tú, tú!., repetía la hija de Laroche, que acababa de recobrar la memoria con la súbita desaparición de la locura. ¿Qué ha pasado?.. ¿Dónde estabas?..

—¡Yo!., ¿pero no lo sabes?., contestó Edmundo. ¡Estaba lejos..., en América!

—¿De veras?

—¡Acabo de llegar, y en seguida he corrido á tu lado!..

La tenía abrazada y ella respondía al abrazo con ardientes besos.

—¿Por qué te habías marchado?, preguntó ella, mirándole en los ojos.

—¡Era preciso!

—Y me dejaste... Partiste sin decirme nada... ¡mal!.. ¡Ah, si supieras lo que lloré!..

—¿Lloraste?., dijo Edmundo con asombro; ¡lloraste, tú, porque yo me había marchado?

—Yo no sabía qué pensar... sola... Me habías dejado sola, con nuestra hija...

—¡Nuestra hija!..

Entonces el joven experimentó un asombro indecible y retrocedió en un movimiento de estupefacción.

Juana, que había recobrado la memoria, lo tomaba por su esposo, por el miserable cuyo crimen ignoraba. Para ella, la vida continuaba en el momento en que la locura la había interrumpido.

—¡Mi hija!, dijo ella transportada de alegría acercándose á él. ¡Mi pequeña Jenny adorada! Ya sabes que debíamos darle este nombre. Jenny es lo mismo que Juana. Es mi nombre, que tanto te gusta.

—¡Gran Dios, está loca!, pensó el desgraciado.

—Es verdad que ni siquiera la conoces, prosiguió Juana con ternura. No la has visto aún... Te marchaste antes de su nacimiento y yo estaba sola cuando vino al mundo... Sola, Edmundo, ¿comprendes?

sola en aquel momento terrible, y esto me hizo sufrir más que nada...

—¡Juana!., balbuceó Edmundo, cuya razón se extraviaba. ¡Por Dios, no me hables así!.. Juana, ¿qué tienes?.. ¿Qué dices?..

—No te guardo rencor, no, contestó ella. Mi corazón sigue siendo tuyo..., tuyo para siempre como te lo juré ante Dios el día en que nos casamos. Soy tuya como entonces, y de hoy más, pues hay entre nosotros ese lazo sagrado..., nuestra hija...

—¡Juana, Juana mía!..

—¡Mi hija!., dijo entonces la infeliz mirando curiosamente en torno de ella como para reconocer el sitio en que se encontraba. ¡Mi hija!.. ¿Dónde está?

Jadeante, Edmundo la tenía asida, no atreviéndose á contradecir aquel lenguaje que él tomaba por el de la locura y sufría horriblemente de verla así.

—¡Loca!..

Eso era lo que aquel hombre había querido decir, no atreviéndose á explicarse completamente.

—¿Dónde?.. ¡Pero si estamos en la quinta!., dijo Juana reconociendo lo que la rodeaba. ¡En casa de papá!..

Y repitió con un movimiento de terror.

—¡En casa de papá!..

—Sí, en casa de tu padre, dijo cariñosamente Edmundo; ¿lo reconoces?

—¡Mi padre!.. Dios mío, ¿qué ha pasado? ¿Quién me ha traído aquí?.. ¿Y mi hija, entonces?.. Nuestra hija, Edmundo, ¿dónde está?.. ¡Tengo miedo!.. ¡Tengo miedo!..

Juana se agarraba á él.

—¿Has visto á mi padre?, le preguntó.

—No, todavía no. Si llego apenas... Te encontré aquí...

—Sí. Y bien... ¿Entonces papá nos ha perdonado? Di... ¿te ha escrito que vinieras?..

—No..., no..., pero si no sé...

—¿Y la niña?.. ¡Oh, Edmundo, tengo miedo!.. ¡Ven..., ven!..

Juana se lo llevó fuera del jardín, agarrándose á él, que la sostenía, pálido de emoción, estremeciéndose de dolor y repitiendo para sí:

—¡Gran Dios, qué horrible desgracia!.. ¡Loca..., mi pobre Juana..., loca!..

## XXII

### CORAZÓN DESGARRADO

—¡Loca!.. ¡Está loca!., repitió Edmundo como aplastado por aquel golpe inesperado. ¡Loca!..

Los ojos del joven, extraordinariamente abiertos por una especie de espanto, se fijaban con doloroso estupor en el rostro de Juana.

—¡Juana, mi pobre Juana!., dijo dominando su dolor.

Oyéronse pasos detrás de él.

Edmundo se volvió.

Saliendo de un bosquecillo, el padre de Juana estaba á dos pasos de ellos.

—¡Ah Sr. Laroche!, exclamó Edmundo.

Y con ambas manos tendidas, se precipitó hacia el antiguo amigo de su padre.

Como todo el mundo, juguete de aquel parecido desconcertador, el Sr. Laroche creyó ver á Luciano, el infame marido de su hija.

Encendido de pronto bajo el esfuerzo de la cólera súbitamente desencadenada, y lívido después, el antiguo negociante se arrojó sobre Edmundo, presa de un indecible estupor.

—¡Miserable, exclamó furioso, tiene usted la audacia de presentarse aquí!..

—Pero, caballero, balbuceó el joven como pasmado, ese recibimiento...

—¡Infame, se ha atrevido usted á venir! ¡Ah, salga usted!.. ¡Salga usted, le digo, ó no respondo de mí! ¡Márchese usted!.. ¡Márchese!..

—¡Padre!., balbuceó Juana.

El Sr. Laroche no oyó siquiera la voz de su hija, y cegado por el furor, no notó el cambio operado en ella.

—¡Váyase usted, miserable!, repitió. ¡Váyase usted!

Avanzaba amenazador hacia el joven, que retrocedía maquinalmente, sintiéndose trastornada la cabeza, espantado de aquella cólera cuya causa no podía comprender. Absolutamente sofocado, no encontraba una palabra que decir; á duras penas se escapaban de su garganta sonidos inarticulados, protestas vagas, y sus espantados ojos miraban alternativamente á Juana y al Sr. Laroche.

—¡Malvado!, rugió éste, mira tu víctima!.. ¡Ah, vete! ¡Vete, porque me siento capaz de cometer un crimen!

(Se continuará.)



# LO QUE COBRAN LOS GRANDES ARTISTAS

Los artistas han alcanzado actualmente tanta importancia, que el público se interesa cada vez más por todo lo que á ellos se refiere: sus costumbres, su vida privada son de todo el mundo conocidas, pero no lo es tanto lo que ganan; y sin embargo, esto, después de su talento, es lo que debería despertar más curiosidad, particularmente tratándose de los sueldos cuantiosos que los grandes artistas perciben.

No hace mucho, el director de uno de los principales *music-halls* de Londres recibió un extraño telegrama concebido en los siguientes términos: «¿Está usted dispuesto á dar 10.000 francos por noche? Atracción sensacional; la muerta resucitada; mujer despedazada á la vista del público y devuelta á la vida.» Por fantástica que aquella proposición le pareciera, el empresario contestó, á la dirección que le indicaban: «Conforme.» Por supuesto que no volvió á saber nada más de aquel asunto, pero ello le sirvió para anunciar en los periódicos que la empresa «no retrocedería ante ningún sacrificio para complacer á su numerosa y elegante clientela.» Digamos, en honor á la verdad, que todo el mundo supuso que aquel despacho había salido de la imaginación y de la pluma del avisado empresario.

Si esta anécdota, reherida por un periódico londinense, no es rigurosamente histórica, por

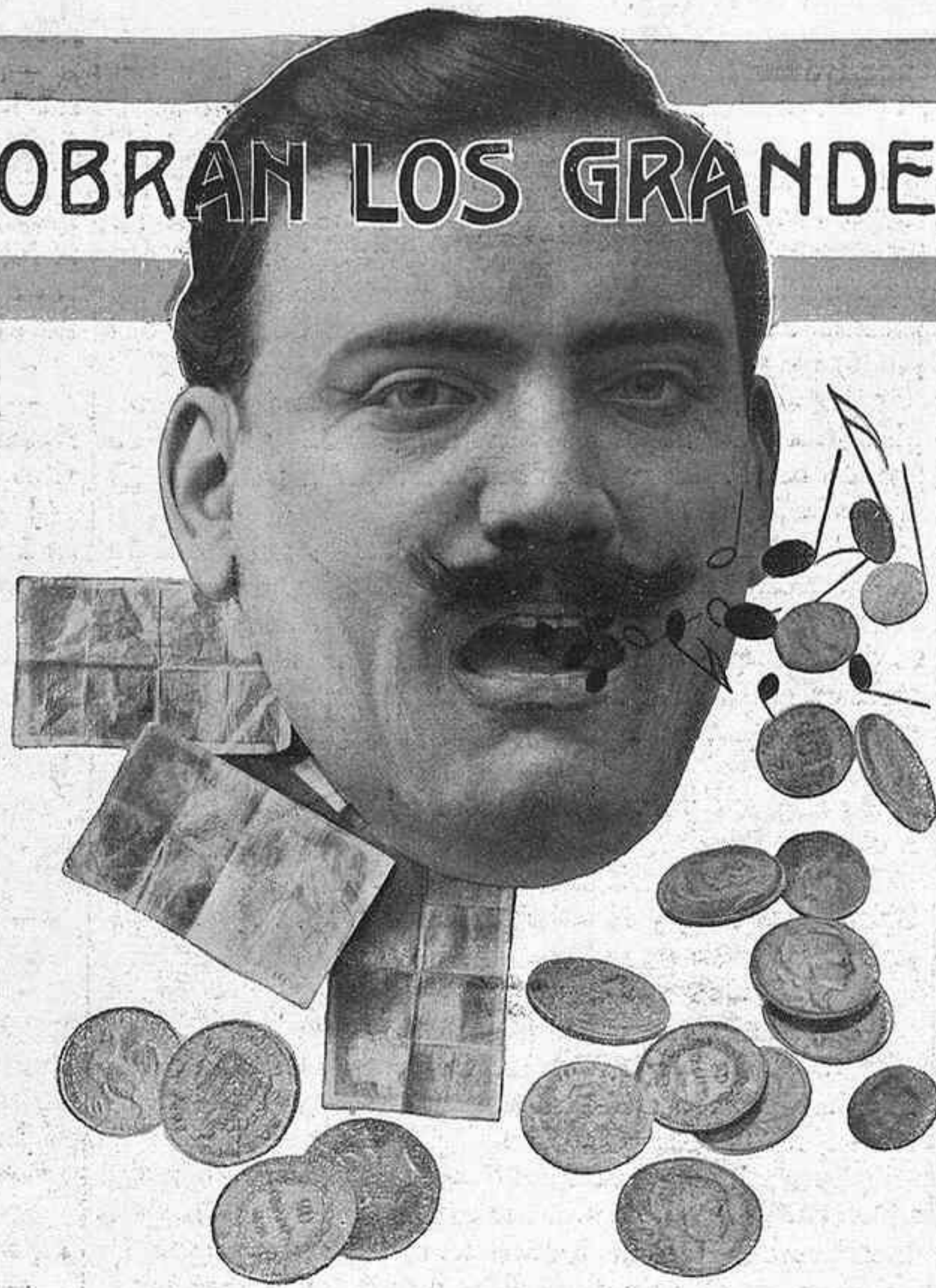


El pianista Paderewski

El violinista Kubelick

tencia y América son las causas de este encarecimiento de los sueldos exorbitantes que se pagan á los artistas.

Por lo demás, no es sólo en los *music-halls* en donde para asegurarse á un artista se le tiende, según frase consagrada, un puente de oro; también en el teatro y en los conciertos las grandes estrellas han aumentado singularmente sus pretensiones de algunos años á esta parte. Y esto se debe especialmente á que hoy en día los teatros no tienen compañías; los autores escriben á componen para determinados artistas y exigen á los directores á quienes entregan



El tenor Caruso que cobra 12.500 francos cada noche que canta, y canta unas 80 noches al año

sus obras que los contraten; de manera que los directores toman á los artistas por representaciones y no por años, como antiguamente.

Hortensia Schneider, cuyo nombre fué durante el segundo imperio tan célebre como es hoy el de la Rejane, tuvo ciertas diferencias con la dirección del Palais Royal, de cuya compañía formaba parte hacía dos años, y un día abandonó el ensayo, fué á su casa, preparó el equipaje y se disponía á partir para Burdeos, cuando recibió la visita de Offenbach, que ya entonces (1864) había compuesto el *Orfeo en los Infiernos*. El maestro iba á ofrecerle el papel de *La bella Elena*; la diva, aunque encantada de los números de la opereta que Offenbach le tarareaba, no quiso ceder y se marchó á Burdeos. Al llegar allí, se encontró con un telegrama instándola para que volviese á París. «Estoy conforme—respondió,—pero exijo 2.000 francos al mes.» En el Palais Royal ganaba 6.000 francos al año. Aceptada por el maestro la exigencia, al día siguiente la Schneider ensayaba en Varietés el papel que tanta celebridad le conquistó.

La prensa de entonces empezó á comentar los sueldos de los artistas, y algunos años después el cronista del *Gaulois* ponía el grito en el cielo porque la famosa diva de opereta Zulma Bouffar cobraba 54.000 francos anuales. En aquella época brillaban una porción de artistas gloriosos cuyos nombres aún se recuerdan y que, sin embargo, ganaban sueldos que hoy rechazarían cómicamente de quienes muy pronto nadie se acordará. Paulino Menier, en el período de su apogeo, ganaba 6.000 francos al año; Geoffroy, 12.000, y Federico Lemaitre nunca cobró más de 200 francos por representación.

Preciso es confesar que nunca se pagó á los artistas lo que en la actualidad. Sarah Bernhardt ha sido quizás la que mayores cantidades ha percibido en sus excursiones: la primera que hizo á América, organizada por un empresario, el Sr. Graü,

duró cuatro meses y le produjo 600.000 francos. Después realizó por su cuenta otras que no fueron menos productivas; en una de ellas se llevó á Coquelín para representar *L'Aiglon*, pagándole 3.000 francos por noche.

Al lado de estos artistas puede citarse á la Rejane, que durante la excursión por América organizada por el Sr. Braga, cobraba cada noche 2.000 francos.

Juana Granier, que en el extranjero ha cobrado sumas fabulosas, no se contrata en París por menos de 800 francos por representación y para un mínimo de 100 representaciones.

¡Cuán distantes estas cifras de las que cobraban los artistas de otros tiempos!

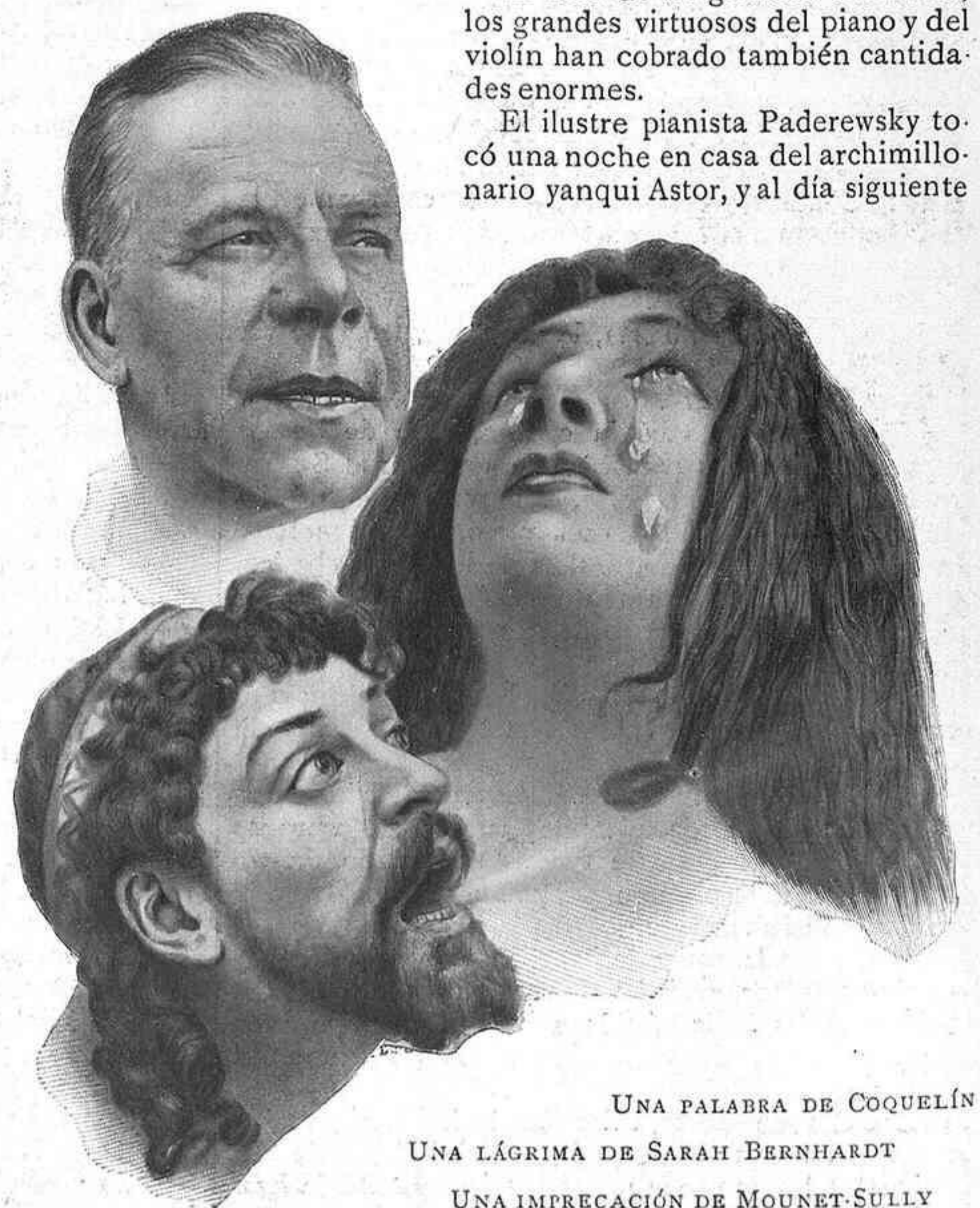
«Tiene 100.000 francos en la garganta,» se dice comúnmente hablando de un gran tenor. Y en seguida se impone un nombre, el del célebre Caruso, que tiene monopolizado un empresario norteamericano, el cual le paga un millón de francos al año, mediante la obligación de no poder cantar sin su consentimiento. Por tan bonita cantidad, Caruso canta por término medio anualmente 80 veces, cobrando por cada representación 12.500 y hasta 15.000 francos, de los que 2.500 son para su empresario. Y aun, para no perder el tiempo, halla medio Caruso de ganarse 25.000 francos impresionando una veintena de discos para una sociedad de gramófonos.

Después de él pueden citarse otros famosos cantantes, como el bajo ruso Chaliapine, que cobra 10.000 francos por función, y la Melba, que ha cobrado 80.000 francos por 10 representaciones.

Pero todo esto resulta pálido al lado de lo que la Patti ha cobrado durante su carrera artística. En América, por una sola noche, le pagaron 25.000 francos, y en París, en el Eden Concert, ha percibido 15.000 por cantar tres cavatinas que duraron unos cinco minutos cada una. ¡1.000 francos por minuto! ¡Qué diferencia de cuando cobraba 3.000 para cantar en la Opera toda una noche! En aquellos tiempos la Carvalho cobraba 1.000 francos; la Nilson, 1.200; Faure, el creador del Mefistófeles del *Faust* de Gounod, 2.000, y Capoul, 600.

Al lado de los grandes cantantes, los grandes virtuosos del piano y del violín han cobrado también cantidades enormes.

El ilustre pianista Paderewsky tocó una noche en casa del archimillonario yanqui Astor, y al día siguiente



UNA PALABRA DE COQUELÍN

UNA LÁGRIMA DE SARAH BERNHARDT

UNA IMPRECACIÓN DE MOUNET-SULLY

Sarah Bernhardt, en su primera excursión á los Estados Unidos, cobró 5.000 francos por representación. Coquelín y Mounet han cobrado 3.000.



recibió un sobre con 10.000 francos.

Raúl Pugnó, el eminente profesor del Conservatorio *Femina*, no cobra menos de 2.000 francos por concierto; Kubelick, el célebre violinista, 3.000, y su colega Isaie gana 250.000 francos por temporada.

El café concierto, el antecesor del *music hall*, en el que se han hecho aplaudir tantos artistas célebres, Theresa y Paulus entre ellos, no pagaba á estas dos estrellas más que 100 francos diarios á la primera y 150 al segundo, el creador del *Père la Victoire*, el cual, sin embargo, conseguía doble sueldo cantando dos veces en una misma noche.

Ivette Guilbert, cuando cantaba todavía en París, cobraba 800 francos en la Scala; en Londres y en Berlín, cobra de 1.700 á 1.800.

Actualmente Polin exige 400 francos diarios; Mayol, de 200 á 300 en París y de 15.000 á 18.000 mensuales en provincias.

Fragson, en Londres, percibe 21.000 francos al mes, y Max Dearly, en el Moulin Rouge, cobraba 25.000 por 50 representaciones; Luisa Balthy gana 16.000; Germaina Gallois, 15.000; y Mealy, 9.000 mensuales.

Entre las atracciones que se bastan por sí solas para llenar toda una representación, merece ser citado especialmente el célebre transformista italiano Frégoli, á quien la empresa del Olympia de París pagaba mensualmente 40.000 francos.

Little Tich, el notable clown inglés, cobraba en el mismo teatro 15.000; el temerario Mephisto, el primero que en el velocípedo realizó el peligroso ejercicio de *boucler la boucle*, percibía 27.000 al mes por exponerse á romperse la crisma cada noche; y la señorita Elena Dutrieux, la intré-

Chaliapine

Adelina Patti



Gabriela Rejane

Juana Granier La Melba

La Patti ha llegado á cobrar 15.000 francos por cantar tres melodías que duraron cinco minutos cada una; la Melba, 80.000 francos por diez representaciones; el bajo Chaliapine pide 10.000 francos por representación, y la Rejane y Juana Granier, 2.000.

pidista artista que ejecutó la *flecha humana*, 17.000. En el presente artículo no hemos hecho más que dar una ligera idea de los grandes sueldos que cobran

varios los teatros con presupuesto de 5.000 francos por noche.

J. BRINDEJONT-OFFENBACH.

**ANEMIA DEBILIDAD** Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

ESCRITA PARCIALMENTE POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con magníficas reproducciones de los más curiosos códices que existen en la Biblioteca Nacional de París, grabados, mapas, facsímiles de manuscritos importantes, así como copias de los más renombrados cuadros que existen en los museos de Europa.

A 50 céntimos el cuaderno de 32 páginas

Montaner y Simón.—Barcelona

## VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 16, rue de l'Echiquier, Paris, que envía gratis su curioso librito.

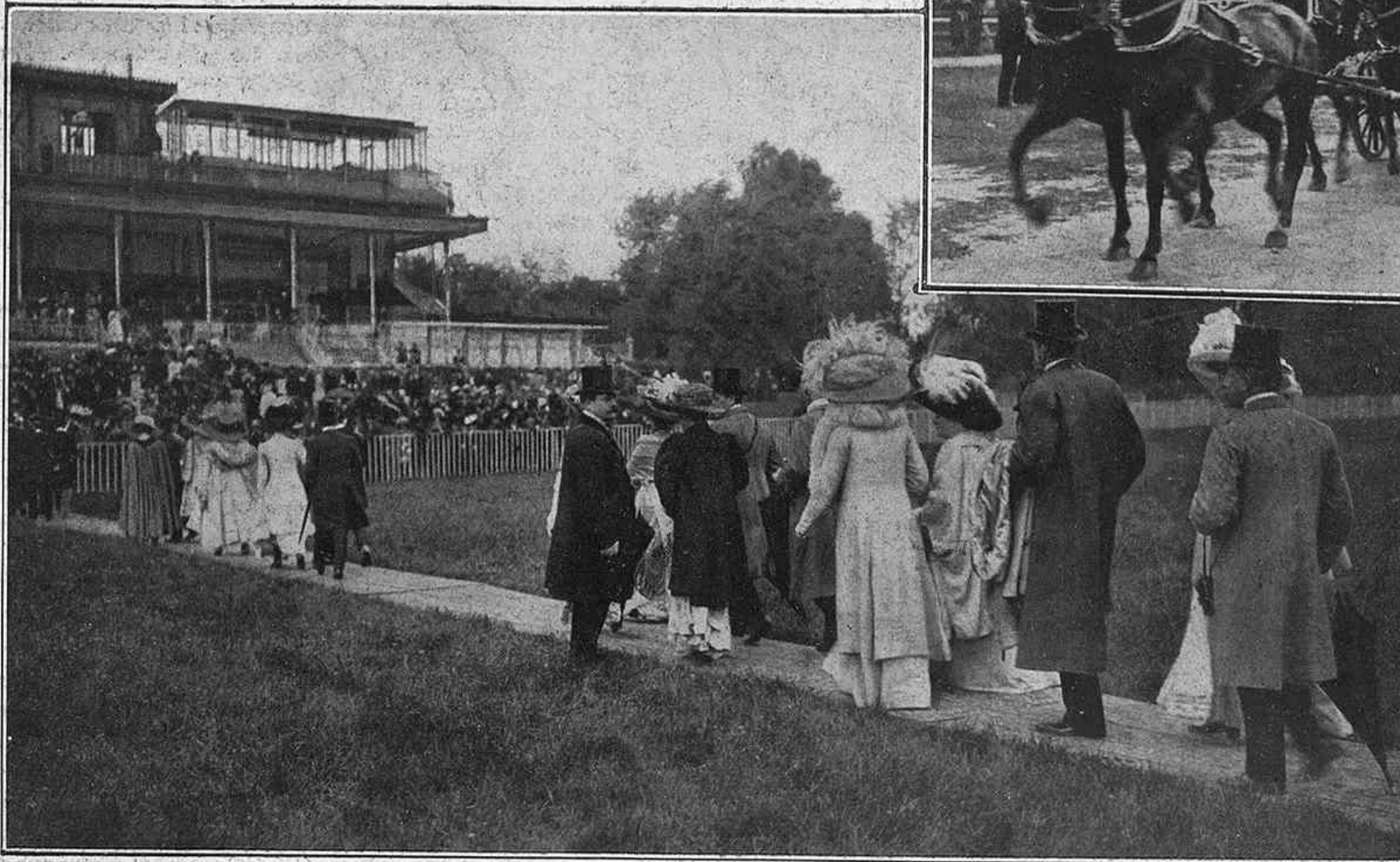
SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD



## PARIS.—EL PREMIO DE LOS «DRAGS»

EN EL HIPÓDROMO DE AUTEUIL

La lluvia que cayó durante toda la tarde no fué bastante á deslucir la fiesta conocida con el nombre de «Premio de los Drags» que se efectuó el día 25 de junio último. Sabido es que esta fiesta reúne todos los años en el hipódromo de Auteuil á lo más selecto de la sociedad parisiense, hasta el punto de que unánimemente se la



Llegada del público de las tribunas al hipódromo



Entrada de los «mail-coaches» en el hipódromo. (De fotografías de Branger.)

como se hallaban, ocupadas por una concurrencia numerosísima en la que abundaban las damas de la más alta aristocracia francesa, las representantes de las más acaudaladas familias de París, las que imponen la moda al mundo entero y los millonarios extranjeros que acuden en busca de placeres á la capital de Francia.

La llegada de los *mail-coaches* tuvo el grandioso éxito de costumbre; á las dos hicieron su entrada los piqueros, seguidos de catorce *mails* irrefragablemente enganchados y pertenecientes al duque de Noailles, al conde Enrique de Yanville, al barón de La Caze, al barón Marchi della Costa, el conde de Nodler, al conde David de Beauregard, al barón de Orosdi, al príncipe de León y á los Sres. de Pastré, de Zuylen de Nyevelt, de Le Roux de Villers, de Paimvels, de García Mansilla y de Anchorena.

El premio de los Drags, de 25.000 francos, fué ganado por el caballo inglés Jerry, propiedad de Mr. Assheton Smith, y montado por el jockey Driscoll; en segundo y tercer lugar llegaron á la meta Moonstruck, propiedad de Mr. R. B. Henry, montado por Hawkins, y Saiveur, de M. Foacier, montado por el marqués de Saint-Sauveur.

considera como la manifestación de la más exquisita elegancia y del buen tono supremo. Ocioso, pues, es decir que las tribunas ofrecían el aspecto más brillante hallándose,

llegaron á la meta Moonstruck, propiedad de Mr. R. B. Henry, montado por Hawkins, y Saiveur, de M. Foacier, montado por el marqués de Saint-Sauveur.

## AGUA LÉCHELLE

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

## PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

REMEDIO DE ABISINIA  
**EXIBARD**  
 SOBERANO CONTRA  
 CATARRO — ASMA — OPRESIÓN  
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
 Todas Farmacias.

ROB  
 BOYVEAU - LAFFECTEUR  
 Célebre Depurativo Vegetal  
 cura las  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
 Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.  
 EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO  
 H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ia</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.  
 Todas Farmacias.

INFLUENZA RACHITIS  
 ANEMIA VINO CLOROSIS  
 AROUD  
 CARNE-QUINA-HIERRO  
 El más poderoso Regenerador.

Las  
 Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
 DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
 DE PARIS  
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

## PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVOËL DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN